

A woman with blonde hair, wearing a purple sleeveless dress with a white belt and a green beaded necklace, is screaming with her mouth wide open. She is holding a door handle with her right hand. The background is a dark interior with a lamp and a rug.

FBI

**ANTHONY
G. MURPHY**

**"EL PARAISO"
ES UN
INFIERNO**

ANTHONY G. MURPHY

"El Paraíso" es un infierno



Título del original, en inglés
HELL IN «THE PARADISE CLUB»

DERECHOS RESERVADOS
EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1961
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID
Teléf. 2 47 67 43

N.º Rgto. 702.—1961
DEPÓSITO LEGAL: M. 7.077.—1961

JOSE RUIZ ALONSO - Imp. Quiñones S.A. - T.2348851 -Madrid

I

EL joven alto y ligeramente desgarbado traspuso las puertas giratorias y sintióse envuelto en el enorme bullicio de la sala. Avanzó hacia el mostrador y se sentó en uno de los altos taburetes.

—*Whisky*, por favor.

Sacó un cigarrillo del bolsillo superior de su americana y lo encendió con cierta parsimonia.

El espectáculo que se desarrollaba en torno suyo no llamó su atención. Realmente, lo conocía de sobra. «El Paraíso» no se diferenciaba en nada de tantos y tantos otros clubs nocturnos con que contaba la ciudad.

Bebió un par de sorbos, sacó un retrato y se lo mostró al barman.

—¿Ha visto usted a este hombre alguna vez?

El interrogado recogió la cartulina y la observó durante un par de minutos.

—Su cara no me es del todo desconocida—dijo—. Pero ahora no caigo. Usted comprenda... Por «El Paraíso» pasan cientos de clientes todas las noches.

—Tiene usted razón.

Al individuo no le desilusionó la respuesta. Parecía esperarla. Sin embargo, no se marchó de allí. Volvióse de espaldas al mostrador y se puso a mirar distraídamente a la alegre concurrencia.

—¡Hola! ¿Me invitas a un trago?

El tipo viró rápidamente y sus ojos azulinos se clavaron en el agraciado rostro de la individua que le había abordado. Luego descendieron lentamente para admirar el poderoso busto, el estrecho talle y las bonitas y bien torneadas piernas. Sonrió.

—¡No faltaría más, preciosa! ¿Qué prefieres?

—¿Puedo tomar un *whisky*, como tú?

—De acuerdo.

Hizo él una seña al camarero y éste se apresuró a servir a la mujer. Al mismo tiempo, el joven acercó su vaso pidiendo que se lo llenara.

—A tu salud, encanto.

—A la tuya.

Se miraron y ella sonrió a su vez. Tenía unos labios gordezuelos y unos dientes pequeños y apretados.

—¿Cómo dices que te llamas, muchacho?

—¿Tiene eso algún interés especial?

—Me gusta saber el nombre de los hombres con quienes alterno. ¿Quieres bailar?

—No... Quiero decir que no sé. Si te es igual, demos un paseo por ahí.

—Imposible. Mi patrón se enfadaría. Trabajo aquí. Mi misión consiste en entretener a los clientes despistados y bailar con quien lo desee.

—Un oficio simpático, desde luego. ¿Y qué más?

—¡Vete al diablo, mal pensado!

La tipa le volvió la espalda, pero sin enfadarse en absoluto. Probablemente lo hizo para que su interlocutor advirtiera que la tenía muy bonita. Como él no dijera nada ni hiciera intención de asegurarse de haberla ofendido, ella insistió:

—Estoy esperando, muchacho.

—¿Esperando el qué, muñeca?

—Que me digas tu nombre. Yo soy Stella Dixon.

—Yo... Shelter. Archibald Shelter. Puedes llamarme Archie.

—¿De Reno mismo?

—¿Es que vive alguien de Reno en Reno?

—Poca gente, claro. Es una ciudad de paso, para divorciadas y amantes del juego y de las diversiones.

—¿A qué hora terminas?

—Tarde ya. Es lo malo de todo esto. Además, vivo aquí mismo. ¿Quieres que te busque una buena partida de póker? He oído hace poco que Marcory necesitaba un quinto.

—¿Quién es Marcory?

—Uno de los dueños de «El Paraíso».

—¿Él juega también?

—A veces... Pero hoy se trata de cuatro puntos fuertes, llamados Brandon, Wigmore, Duxley y Clark. Necesitan uno más para empezar.

—¿En algún reservado?

—En el mejor reservado. Si dispones de pasta...

—No me disgustaría tentar la suerte.

—Ven entonces... Quizá todavía sea tiempo.

Le cogió de la mano y le hizo cruzar la sala en sentido longitudinal, abriéndose paso por entre la animada concurrencia.

Levantó ella un pesado tapiz color granate y desapareció durante breves segundos.

—Pasa, Archie—dijo, al volver.

—Si tengo suerte, te haré un buen regalo, muñeca.

El joven acarició la barbilla de la mujer y entró dentro. El reservado no contenía más que una mesa y varias sillas. Una araña de cristal, que se bajaba y se subía a voluntad, pendía del artesonado del techo.

—Me llamo Archibald Shelter—se presentó a sí mismo—. Stella me ha dicho...

—Siéntese, por favor—ofreció un individuo fuerte y rubicundo, de unos cincuenta años, que se enfundaba en un terno oscuro de indudable calidad—. Soy Charles Brandon.

—Yo, Warren Wigmore—dijo el tipo delgado, de rostro de comadreja y ojos de reptil. Señaló a los otros dos y prosiguió—: James Duxley, copropietario de «El Paraíso». Bert Clark... —Encantado...

.....

La cara de aburrimiento de Shelter llamó la atención de Brandon, que exclamó:

—¡Vamos, anímese, amigo! ¡Esto se va poniendo bueno!

Wigmore, que estaba a la izquierda de Clark, cortó. Este se ingenió de forma que las cartas volvieron a quedar como estaban. Sus ágiles dedos actuaron con tanta rapidez que sólo Shelter, sobre aviso, se dio cuenta de la maniobra. Es decir, fue tanta la habilidad del otro, que ni siquiera él mismo hubiera podido jurar a ciencia cierta haber comprendido la faena.

Sin embargo, a medida que los acontecimientos comenzaron a desarrollarse, comprendió que taba en lo cierto.

Mirando la cara del granjero podía apreciar que el hombre llevaba buen juego. Pero aquello era más que una trampa para incitarle a aumentar la postura. Alguien, James Duxley, o Bert Clark, o quizá el propio Warren Wigmore, debía de tener cartas ligeramente superiores para ganarle.

La apuesta se inició con cien. Archibald Shelter pasó a la primera, aunque no tenía malas cartas. Clark y Duxley le miraron con desconfianza.

—No estoy de suerte esta noche—dijo Shelter, como excusándose.

—Mejor para usted—afirmó Brandon—. Iba a perder de todas formas.

El joven sonrió a las palabras del granjero. El sí que iba a perder, si no andaba con vista. Hasta la camisa, como suele decirse. Y quizá los pantalones. Aquellos tipos habían decidido dejarle en cueros.

Bert Clark no fue tampoco. James Duxley, tras breve y estudiada vacilación, aumentó en veinticinco.

—Sean veinticinco más—aceptó Warren Wigmore.

Tampoco Wigmore iba descalzo. La jugarreta había sido bien preparada. Incluso él, Shelter, debiera haber jugado, aumentando así el montón y las ganancias del afortunado triunfador.

—Dame una carta, Clark.

—Yo, servido.

—Y yo.

Charles Brandon subió a doscientos. Wigmore comenzó a sudar. Bebió un trago de *whisky* y decidió retirarse, después de haberse estado mordiendo las uñas nerviosamente durante cerca de un minuto.

—Otro que se achica—comentó Brandon—. Quedamos usted y yo, Duxley.

—Yo continúo, Brandon. Le prevengo que tengo las mejores cartas para ganar.

Duxley no mentía. Shelter estaba seguro. Cada vez más seguro. Brandon iba a caer en la red como un incauto.

—Vamos a trescientos. Puede ser un farol.

—Para comprobarlo tendrá que aumentar la cantidad.

—¿En cuánto, Duxley?

Las manos del granjero temblaban ligeramente.

—Va mi resto, Brandon.

—¿Su resto dice? Hay... hay más de mil dólares. Veamos, veamos...

Calma, calma...

Brandon hablaba para sí. Shelter se dio cuenta de que iba a aceptar. Había ganado anteriormente y ahora llevaba cartas para arriesgarse. Decidió intervenir, pero no antes de tiempo. Lo haría más tarde... en el momento culminante.

—Acepto.

Descubrieron las cartas. Duxley tenía un póker de ases.

—Bueno...; usted ha ganado, Duxley...

Las manos de éste intentaron recoger la puesta. Shelter se lo impidió.

—Lo siento—dijo—. Yo no estoy de acuerdo.

—¿Por qué?

—Yo me descarté de un as. Imposible que haya cinco en la baraja.

La sorpresa y la ira dejó a Duxley sin habla. Sabía que Shelter estaba mintiendo.

—¿Qué dice, maldita sea? A ver, enséñeme ese as...

Se arrojó como un buitre sobre las cartas, pero Shelter no le permitió mirarlas. Con estudiada torpeza hizo intención de ayudarle y volcó la mesa. Las fichas y los naipes se desparramaron por el suelo.

Fuera de sí, Duxley estiró su brazo y el puño fue a chocar violentamente contra la barbilla de Shelter. Este se tambaleó, pero en seguida recuperó el equilibrio. Amagó un golpe a la barriga y, cuando el otro se encogió, le golpeó la cabeza con ambas manos entrelazadas. Duxley gruñó y cayó de bruces contra el brillante linóleo.

Bert Clark intentó sacar un arma. Shelter saltó hacia adelante y le golpeó la entrepierna con, la rodilla. Clark aulló como un condenado y el color huyó de su rostro.

El granjero se inclinó sobre la baraja. Febrilmente examinó las cartas y acabó por exclamar:

—¿Qué diablos se ha propuesto, muchacho? Usted dijo que en la baraja había cinco ases, sólo veo cuatro...

—No intente comprender nada y larguémonos. Aquí va a haber más que palabras.

Dirigióse a la puerta de entrada a la sala propiamente dicha y la encontró obstruida por un par de energúmenos.

—Vamos, peques, dejad el paso libre y no hagáis que me enfade.

Los dos gorilas avanzaron moviéndose como rinocerontes, abiertas las

manazas y sonriendo cretinamente. Lanzó a uno de ellos un puñetazo en el abdomen, pero ni siquiera se conmovió. El otro trató de cogerle por la cintura y Shelter se escurrió rápidamente.

—¿Qué pasa aquí?

Shelter comprendió que se trataba de Marcory, el copropietario del local. Vestía elegantemente y llevaba una gardenia en el ojal. No tendría arriba de cuarenta y cinco años, aunque aparentaba bastantes menos. En un principio, Shelter no supo si el perfume que había llegado de pronto a su nariz correspondía a Stella Dixon, que le acompañaba, o al copropietario de «The Paradise». Luego recordó que el de la mujer era mucho más «discreto».

—Váyanse—dijo, dirigiéndose a Brandon y Wigmore—. En cuanto a usted, señor como-se-llame, se cree muy inteligente, ¿verdad? Pues no lo es. Si yo quisiera, mis amigos le triturarían. ¿Por qué fue la pelea?

Bert Clark se reponía lentamente. El color había vuelto a su rostro, bañado en abundante sudor. Por su parte, Duxley, vuelto en sí, se puso de rodillas friccionándose con fuerza las cuerdas cervicales.

—He hecho una pregunta, muchacho.

Bert Clark avanzó dos pasos y respondió:

—Él dijo que...que la baraja tenía cinco ases... y que... que habíamos hecho trampas. Sin embargo...

—No había más que cuatro ases, claro que sí —admitió Shelter—. Lo que no quiere decir que la trampa no se hubiese efectuado.

—¿No puede haberse equivocado?

El joven leyó algo en los ojos de aquel sujeto que le obligó a responder:

—Quizá... quizá sí.

El tipo se presentó al cabo.

—Me llamo Marcory... Como quiera que admite la posibilidad de haberse equivocado, váyase, y no vuelva por aquí. Será mejor para su salud.

Separóse un poco de la puerta para dejarle libre la salida. Shelter avanzó hacia ella. De pronto percibió que algo se abatía sobre su cabeza y que millares de lucecitas brillaban ante sus ojos. Sintió una especie de música celestial y se derrumbó pesadamente.

II

ARCHIBALD Shelter volvió en sí lentamente. Se encontraba en el suelo de un despacho y un bosque de piernas le rodeaban.

Quiso levantar la cabeza y el dolor le hizo desistir. Oyó que alguien decía:
—Ya vuelve, Marcory.

Vio que una de las piernas se alzaba y volvía a caer violentamente contra uno de sus costados.

—¡Basta, Bert!

Bert... Bert Clark. Shelter había oído aquel nombre en otra parte. Y también el de Marcory. Pero había algo más que le costaba trabajo recordar. Una mujer, una apetitosa mujer pelirroja... Ste... Ila... Stella Dixon. Y unos sujetos llamados Duxley, Branden, Wigmore.

Giró lentamente. Estos dos últimos no estaban allí. Ni tampoco la mujer. Estaban, en cambio, Clark y Duxley, más cuatro o seis gorilas ceñudos y amenazadores. A dos de éstos los conocía asimismo. Eran a los que vapuleó antes de que Marcory le atizara a él por detrás.

A éste no le vio, pero había escuchado su voz y notaba su presencia. El maldito se perfumaba con aquel perfume especial que flotaba en el ambiente. Esto aparte, se advertía en la actitud respetuosa y servicial de quienes le rodeaban.

El bosque de piernas se abrió de pronto y Marcory apareció dentro de la visión del caído. Shelter sonrió extrañamente.

—¡Levantadlo!—ordenó el elegante sujeto.

Ni Duxley, ni Clark, ni los otros dos rinocerontes con tirantes se movieron. Sin embargo, otros de los tipejos se apresuraron a obedecer y le arrastraron hasta una silla.

Shelter quedó en ella, todavía no repuesto del todo.

—Voy a hacerte unas cuantas preguntas, muchacho, y quiero que me las contestes satisfactoriamente. De lo contrario, te arrepentirás. A ver, tú, Morton, dale de beber. Un *whisky* hasta los bordes.

Uno de los elefantes a quienes Shelter había tumbado junto a la mesa de póker abrió un mueble-bar e hizo lo que el jefe pedía. Puso el vaso en la mano del joven, con estudiada delicadeza, y le ayudó incluso a llevárselo a los labios.

—¿Necesita alguna otra cosa el señor?

La ironía del individuo molestó a Shelter, el cual sopló el ardiente líquido fuera de su boca y roció el rostro de su interlocutor.

—¡Mal rayo te parta, bastardo!—aulló, furioso.

Levantó el puño para descargarle sobre la cara burlona de Shelter, pero Marcory le detuvo. Los párpados de Morton habían enrojecido y lagrimeaban abundantemente. No debía ser cosa agradable aquélla.

—No has debido hacer eso, muchacho —habló Marcory con peligrosa suavidad—. Repítelo, y dejo que te despedacen.

—De acuerdo, Marcory. Seré buen chico.

—Así está mejor.

Le puso un cigarrillo en la boca y se lo encendió. Duxley y Clark seguían junto a Marcory. Los demás, incluido el lloroso Morton, retrocedieron unos pasos, a la expectativa, dispuestos a intervenir en favor del jefe a la menor sombra de peligro o a la más leve indicación de Marcory.

—Primera pregunta, Shelter. ¿Qué rayos has venido a hacer en «El Paraíso»?

—Quise tomar unas copas y divertirme un rato. Luego, una de tus mujeres, Stella... Dixon, creo que se llama, me dijo que necesitaban una persona para completar cierta partida de póker. Dejé el mostrador y...

—No me refiero a eso, sino a esto...

Exhibió bajo las narices de Shelter el retrato que el joven había enseñado a uno de los camareros, e insistió:

—¿Quién eres tú, y por qué buscas a este individuo?

—Pudiera decirte que para notificarle la herencia de una anciana tía, pero no ibas a creerme. Un policía, sobre todo si pertenece al F.B.I., no suele tener muchas tías ricas a quienes heredar.

—Luego sabes que era del F.B.I.

—Tengo muy buenas razones para saberlo.

—¿Qué razones, por ejemplo?

Archibald Shelter, desde que le enseñaron el retrato, se había dado cuenta de que, durante el tiempo que había estado sin conocimiento, los tipos aquellos le habían registrado a conciencia. Tenía los bolsillos vueltos, la camisa fuera del pantalón, se encontraba descalzo y ni siquiera el forro de su sombrero había sido respetado. Sonrió.

—Razones personales e íntimas. No me gusta hablar de mis cosas a extraños.

La beligerancia de Marcory se diluyó en una suavidad todavía más peligrosa.

—Ninguno de nosotros somos extraños para ti. Recuerda... Nos conocimos hace un poco, en circunstancias excepcionales. Armaste camorra y me obligaste a intervenir. Una lástima, porque no me gusta causar daño a mis amigos. Y voy a tener que causártelo de nuevo... si no eres buen chico... como has prometido.

—He venido a Reno con una misión especial.

—¿Qué clase de misión?

Fue Bert Clark quien formuló la pregunta. En su voz había un anhelo incontenible. Marcory le echó a un lado y se inclinó sobre Shelter.

—Ya has oído, muchacho. Bert quiere saber qué clase de misión. Y yo también... Llegaremos a entendernos. Tómame otro trago.

Bert Clark le sirvió entonces. Archibald Shelter bebió lentamente.

—Estamos esperando, Shelter—dijo Marcory.

—Se trata de... de algo muy importante para mí. Si lo confieso, quizá no pueda llevarlo a cabo. Somos aquí muchas personas y no todas capaces de guardar un secreto.

—Tendrás que arriesgarte... No tienes alternativa.

—No... no lo haré... No puedo hacerlo...

La peligrosa suavidad de Marcory desapareció súbitamente. Agarró a Shelter por la pechera de la camisa, le obligó a ponerse en pie y le zarandeó con violencia.

—Déjame a mí, Marcory...

Avanzó Bert Clark y le golpeó el mentón con fuerza. Archibald Shelter quiso repetir la suerte anterior. Flexionó la rodilla, pero aquella vez no encontró la entrepierna de su adversario. Alguien le agarró por detrás y le inmovilizó. Uno de los gorilas sonrió con fiereza.

—Hablábamos de una misión muy importante—dijo.

Shelter movió la cabeza negativamente. Un nuevo golpe en el estómago le hizo echar parte del líquido que había tomado.

—Habla y terminemos de una vez...

—Habéis de prometerme... que... que... guardaréis el... mayor secreto... De otro modo, prefiero lo que sea.

—Bueno... bueno—aseguró Marcory con un amplio ademán—. Prometido...

—Se trata de... de una misión... de asesinato... Yo... yo... he de matar... a... el tipo ese del retrato... Lo he jurado...

Pareció querer decir más, pero no pudo. Su cabeza se dobló y sus piernas y brazos se aflojaron.

—Reanimadlo... —ordenó Marcory—. Quiero que continúe. Era muy interesante lo que estaba diciendo.

—No será posible por ahora, Marcory. Tiene sueño para rato, creo yo —manifestó Duxley.

Marcory meditó durante un par de minutos. Bebió un sorbo de coñac y se acarició la barbilla, dubitativo. Sonrió al fin.

—De acuerdo... Tiradlo fuera... Sea quien dice o quien yo sospecho, no es conveniente apretarle más por ahora. Habrá otra ocasión...

Shelter fue sacado medio arrastras por un pasillo interior y arrojado violentamente contra un cubo de basura. Esta se derramó y le manchó todavía más el traje y la cabeza. No olía precisamente a rosas, pero el joven no aparentaba, poder notarlo.

Morton le lanzó los zapatos al rostro, y él y su compinche regresaron lentamente al despacho, sacudiéndose las manos.

Apenas la puerta se hubo cerrado tras ellos volvió a abrirse, para dejar paso

a una agradable figura femenina. Se inclinó ésta sobre el caído, con un gesto de indecible repugnancia, y retiró toda aquella porquería de junto a Shelter.

—¡Eh, muchacho, despierta!

Le restañó un poco la sangre que aún le escurría de la nariz y trató de arrastrarlo hacia uno de los escalones de piedra que daban acceso al local.

—No te esfuerces, muñeca. Peso demasiado.

—¿No... no estabas desmayado?

Aunque le costaba sonreír, Shelter lo hizo. Sentóse en el suelo y empezó a ponerse los zapatos.

—Sólo a medias... Me vi obligado a fingir, ¿sabes? De otro modo, me hubieran triturado. Ella se incorporó y se miró las medias.

—¿Qué ocurrió en el despacho?

Shelter acabó de calzarse y se incorporó a su vez. Estaba molido, pero podía mantenerse erguido.

—Todos querían saber para qué buscaba al tipo de la fotografía.

—Y tú no se lo dijiste, claro...

—No me gusta contestar interrogatorios de esta clase. Por las buenas, quizá... Por las malas...

—Un sujeto obstinado, ¿eh? Pues cuando llegues a tu hotel, mírate al espejo. No vas a reconocerte. Ni tu misma mamá te reconocería.

Hizo intención de marcharse, pero él la detuvo, agarrándola por un brazo.

—Me gustaría que me hicieses compañía, encanto. En mi estado, pudiera necesitar de tu ayuda.

—No sé cómo lo tomará Marcory, si llega a enterarse. A lo mejor me despide... Así y todo, iré contigo. Tal vez evite que te metas en nuevos líos.

Al llegar a la puerta del hotel en que Shelter se hospedaba, ella se despidió.

—Hazme el favor completo y ven arriba.

—No, lo siento.

—¿Tienes miedo de mí?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero separarme de ti cuanto antes—dijo—. Soy una mujer y, como tal, curiosa. Quizá más curiosa que otras muchas. Podría ocurrírseme a mí también preguntarte la razón por la que buscas a ese tipo...y no quiero hacerlo. Buenas noches, Archie.

—Espera un momento, Stella. Has sido buena conmigo y tal vez sea mejor que tú y yo hablemos un rato. Me ayudarás a recomponerme y charlaremos. ¿Qué te parece?

—Si tú lo deseas realmente, bien está. Pero siempre que mi estancia no se prolongue demasiado.

—Tardaremos poco.

Pidió él la llave en conserjería y subieron al segundo piso. Las habitaciones de Shelter estaban marcadas con el número 21.

Sacó *whisky* y ofreció de beber a la mujer. Luego se dejó caer en el diván, y ella comenzó a limpiarle la cara con su pañuelo mojado en licor.

—¿Escuece?

—Como demonios.

Archibald Shelter estaba terriblemente pálido, casi lívido. Gotas de sudor bañaban su frente. El dolor era poco menos que insufrible. No sólo del rostro, sino de las demás partes magulladas del cuerpo. Ahora, al quedarse frío, era cuando realmente se daba cuenta de lo mal que se encontraba.

—Aquellos sujetos pegaban fuerte, mal rayo los parta.

—Antes dijiste que me hablarías de lo que ellos querían saber. ¿Lo harás?

Stella Dixon había terminado de lavarle las heridas y contusiones. El escozor había disminuido, aunque no el dolor.

—Lo mío no tiene importancia, muñeca. Sí, lo tuyo. ¿Cómo una mujer como tú trabaja en «El Paraíso»? Nada hay menos parecido a su nombre que aquel antro.

—No estoy aquí para contarte mi vida.

—¿Para qué, entonces?

La cogió por los hombros y la atrajo hacia sí. Trató de besarla en la boca y ella se resistió.

—Para eso tampoco—dijo.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Antes de llegar a ella, se volvió.

—Yo también, como tú, busco a un hombre.

Traspuso el umbral y sus ágiles pasos se perdieron a lo largo del pasillo. Archibald Shelter no se movió.

III

LA paliza había sido de aúpa. De esas que cualquier mortal tarda unos cuantos días en recuperarse, y no completamente. Shelter tuvo que hacer cama durante cuarenta y ocho horas, y en todo el tiempo no pudo tomar nada sólido. Sólo consumés y alcohol. Este en cantidades ingentes.

En verdad, las cuarenta y ocho horas, aparte de molido, las pasó prácticamente borracho. Esperó que sus buenos amigos de «El Paraíso» le hicieran todavía cualquier desagradable visita, pero no ocurrió así. Al parecer, se habían dado por vencidos.

Intentó recordar lo que les había dicho y llegó a la conclusión de que no había sido lo suficiente para satisfacer la enorme curiosidad que les había entrado por conocer la causa que le había llevado a Reno y el motivo por el cual buscaba al individuo de la fotografía. Muy al contrario. La confesión por la que aseguró que quería matarlo debía de haber avivado aquella curiosidad y puede que en cualquier ocasión volvieran a la carga.

No lo hicieron, sin embargo, durante los dos terribles días. Pero sí recibió una llamada telefónica en la tarde del segundo. Una llamada de Stella Dixon, preguntando cómo se encontraba.

—Como puedes figurarte: en cama y medio muerto. ¿Y tú?

—Muy molesta conmigo misma. Temo que la otra noche me comporté como una estúpida.

—¿En qué sentido?

—Bueno... Ya hablaremos de esto en otra ocasión.

Colgó sin más, dejando a Shelter profundamente intrigado y pensativo. Aquella noche durmió bastante bien y tuvo hasta sueños agradables en los que no estuvo ausente la picante belleza de la pelirroja.

Almorzó en la cama y se levantó a media tarde. Se duchó concienzudamente y pasó un largo rato examinándose la cara ante el espejo. La hinchazón de los labios tendía a desaparecer y las moraduras y contusiones se notaban apenas, pese a que todavía, sobre todo si se tocaba, sentía bastante dolor.

Antes de salir, buscó y guardó en su bolsillo ciertos papeles. Luego examinó un mortífero «Rosco» y lo metió en la pistolera, previamente colocada bajo su brazo izquierdo.

Estaba poniéndose la chaqueta, cuando el timbre sonó. Acabó de hacerlo, se abotonó rápidamente y abrió.

Bajo el dintel se encontraba ella, con su cabello cobrizo cayéndole levemente sobre la mejilla. Un bocado exquisito que pocos hombres hubieran

sido capaces de rechazar.

—¡Hola, Archie!

—¡Hola, preciosa!

Lo dije a conciencia, porque, en efecto, estaba preciosa. Bueno; decir preciosa simplemente sería faltar a la justicia. Se enfundaba en un vestido muy juvenil y mostraba una sonrisa fascinante.

—No pude resistir más sin verte, y aquí estoy, Archie.

—Gracias... Precisamente me disponía yo a salir en tu busca.

—Anda, vámonos. Hace una tarde espléndida. Daremos Una vuelta en mi coche.

—En el de Marcory, ¿no?

—Por supuesto, en el de Marcory. Yo no gano para tales lujos—continuó la mujer, sonriendo.

Le cogió de la mano, sin cesar de sonreír, y le llevó escaleras abajo.

El coche era un Ford azul, grande y potente como un trasatlántico.

Se puso ella al volante y desembragó.

—¿Dónde vamos, preciosa?

—Déjate guiar por mí.

Abandonaron las calles de más tránsito y desembocaron al fin en una autopista. Detuvo ella el vehículo junto a un pequeño lago bordeado de abetos y saltó a tierra con agilidad.

Archibald Shelter la miró especulativamente. Vista de espaldas, tampoco era ninguna tontería. Sus movimientos eran elegantes y felinos, como los de una pantera. La siguió.

Atravesó unos matorros y se tendió en la hierba, con la cabeza recostada en sus brazos. Él se quedó en pie, observándola con admirativa atención.

—Veamos qué tienes que decirme, encantó.

—¿Por qué supones que tenga que decirte algo?

—Llámalo telepatía o adivinación. Tal vez nada de esto. Elemental sentido común. Nos hemos conocido hace unas pocas noches y hemos hablado un par de veces. ¿Qué otro motivo iba a haber para este paseo?

—Podía ser simple curiosidad. También que... que me gustes. ¿No crees en el amor a primera vista?

—Desde luego. Yo suelo enamorarme así, aunque nunca definitivamente.

Se recostó ella sobre un codo y él se arrodilló a su lado. Las esculturales formas femeninas se insinuaban tentadoramente bajo su ceñida blusa.

Hubo una pausa. Rielaban los últimos rayos del sol en el agua verdeoscura, y la brisa movía las hojas de los árboles. Stella Dixon se entretuvo en desmenuzar una pajita entre sus largos y aristocráticos dedos.

—Bueno, Archie. Tienes razón... Te he traído aquí porque quiero decirte algo muy importante. Hace meses que espero y estoy angustiada. He decidido confiar en ti. Necesito contarle a alguien lo que me pasa.

—¿Qué es ello?

—La otra noche ya te lo insinué. Desde entonces no he cesado de

preguntarme si debía hacerlo o no. He decidido que sí. Es una carga demasiado pesada para mí.

—Di lo que sea, dulzura. Me tienes sobre ascuas.

—Se trata de... de Laveian Dixon...mi marido.

Arrojó la destrozada pajita a tierra, sentóse y entrelazó ambas rodillas con sus brazos. Un mechón de cabello se agitó sobre su frente levemente fruncida.

—Debí suponer que estabas casada. Una mujer como tú no llega a cierta edad sin que los hombres se la rifen.

—¿Estás confesando que te gusto?

—Voy a serte sincero, cariño. No quisiera que me pidieses llegar a llamarte a engaño. Siempre fui enamorado e inconstante.

—Tomada nota —le sonrió ella de nuevo—. Confío, sin embargo, en que alguna mujer te hará cambiar de modo de ser y de pensar. ¿Por qué no he de ser yo? Realmente, no soy muy fea...

—Eres muy hermosa. Casi excesivamente hermosa. Pero dejemos esto por ahora. Hablábamos de tu marido.

—¡Ah, sí, mi marido! Lo busco desde hace cuatro o cinco meses. Vivíamos en Frisco. Un día desapareció para escribirme desde Reno diciéndome que trabajaba en «El Paraíso» y que pronto podría reunirme con él. Pasaron las semanas, los meses y dejé de pronto de tener noticias suyas.

—¿Qué más?

—En lugar de escribirle, decidí presentarme aquí inmediatamente.

—Comprendo...

—No, no comprendes, Archie. No pensé en modo alguno que pudiera existir otra mujer. Mis temores eran distintos. Y estos temores se confirmaron.

—¿Cuáles, pongamos por caso?

—Lavelan desapareció de Reno sin dejar rastro. Para mí que alguien lo mató.

—¿Quién pudo ser ese alguien?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Me presenté a Marcory, el condueño de «El Paraíso», y me trató estupendamente. También él, como tú, pensó que Lavelan se había largado con otra mujer. Yo tengo mis dudas.

—¿Investigaste en algún sentido?

—Investigué en muchos sentidos. El propio Marcory me ayudó.

—¿Y la Policía?

—No creí conveniente extender ninguna denuncia. Entre quienes conocieron a mí marido había ganado adeptos la teoría de una aventura galante. Yo no podía correr el riesgo de quedar en ridículo ante la ley.

—Sí, en eso tienes razón, pero la mujer...

—La mujer, si la hubo, debía de ser un fantasma. Nadie la vio con él, aunque a él le recuerda mucha gente.

—¿Qué supones, pues?

—Supongo lo peor. Puedo hablar ya de ello con cierta tranquilidad, después del tiempo transcurrido. A Lavelan, te repito, lo han matado. Alguien

lo mató e hizo desaparecer su cadáver. A veces me digo si no estará ahí, en el lago, con unas pesadas botas de cemento en los pies.

Se había puesto triste. Shelter la cogió una mano y se la acarició. Luego se la llevó a los labios y la besó delicadamente.

—¿En qué fecha ocurrió todo eso?

—La última semana de mayo todavía estaba aquí. Hemos podido reconstruir casi todos sus pasos. Entonces se evaporó y nadie le volvió a ver nunca más.

—Ni supieron de ninguna mujer.

—Ya te he dicho que no.

Archibald Shelter sacó cigarrillos y puso uno de ellos en la boca de la pelirroja. Fumaron en silencio y de pronto él manifestó:

—Pudo ser alguna a la que no interesaba dejarse ver. Una casada, o divorciada, o simple hija de familia. A lo mejor lo encuentras un día en un bello palacio de mármol y cristal, con una hechicera jovencita caprichosa podrida de millones...

—Ojalá fuera así. Lo digo sinceramente. Pero lo dudo. Estoy convencida de que lo han asesinado.

—¿Por qué ese convencimiento?

Ella presionó suavemente la mano que mantenía aún cogida, la suya. Le miró a los ojos y pareció vacilar. Se decidió al cabo.

—En Frisco, Lavelan había andado ya en malos pasos. Nunca supe de qué clase, pero lo sospeché siempre. Después vino su precipitada huida y todo lo demás.

—Pudo empezar allí lo de la mujer con la cual se supone que se marchó.

—Suponen mal. A Lavelan la han matado. ¡Sé que está muerto!

Ocultó la cara entre las manos.

—Bueno, todo ocurrió como tú dices. Lavelan ha muerto y me has contado tus sospechas. Eso era lo que querías, ¿no? ¿Te sientes ahora más tranquila?

La joven levantó los ojos hacia él. Sus labios estaban entreabiertos y las aletas de su nariz temblaban.

—No... Me queda por pedirle lo más importante, Archie. Deseo... te suplico, que me ayudes... He de encontrarlo... Vivo o muerto, quiero encontrarlo.

Por un segundo, Archibald Shelter vaciló. En seguida apretó contra sí el cálido cuerpo de la mujer, inclinó la cabeza y aprisionó con fuerza los trémulos labios.

—Dejémoslo estar así, querida. Me disgustaría, de verdad, hallarlo vivo.

—Pe... pero es que yo... yo necesito estar... segura... ¿No comprendes, Archie? Esta incertidumbre me desconcierta.

Se dejó besar de nuevo e insistió:

—¿Me ayudarás, Archie? Promete que me ayudarás...

—Lo haría con mucho gusto, ricura. Sin embargo, temo que te hayas equivocado de hombre. Mira esto y juzga por ti misma.

Sacó del bolsillo uno de los papeles que había guardado antes de salir de su cuarto del hotel y ella lo examinó con ojos muy abiertos y como sorprendidos.

—¡Un ex presidiario!—exclamó—. ¡No puedo creerlo! ¿De veras has estado en la cárcel?

—Cerca de un año. No hice nada, pero me encerraron. Mi madre, una pobre anciana, murió. Mi novia se casó con otro. Un hombre, un maldito polizonte, destrozó mi vida. Por eso estoy aquí. He venido a matarlo.

—Pero no se trata de un policía de Reno, ¿verdad?

—No. Era agente del F.B.I. Mis noticias de hace unos meses lo situaban aquí, en servicio especial. Yo también tengo que encontrarlo para vengarme de él.

Se puso en pie, transfigurado. Ella le miró un segundo. Luego le ofreció la mano.

—Ayúdame a levantarme, Archie, y volvamos a la ciudad. Se está haciendo noche.

Shelter hizo lo que ella le pedía y sus cuerpos quedaron muy juntos. Le abrazó por la cintura y volvió a ofrecerle los labios. El no pareció darse cuenta de ello.

—Lamento haber removido tus recuerdos, Archie.

—No tiene importancia.

Salieron a la carretera, pensativos. Las últimas luces del día se desvanecían en el ocaso.

Se puso ella al volante y él se sentó a su lado.

—Cuando lo de... Lavelan... oí algo de ese otro hombre. Quizá, pues, sin dejar de trabajar en lo tuyo, puedas echarme una mano a mí. Ahora que lo pienso» tu problema y el mío parecen paralelos. A pesar de todo, Archie, confío en ti.

Ya ante el hotel de Shelter, la mujer detuvo el coche y volvieron a mirarse fijamente.

—Si quieres cenar conmigo, estás invitada.

—Tengo ya otro compromiso, Archis. Lo lamento. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Yo también lo espero, y lo deseo.

Se sonrieron y él saltó a tierra. Inmediatamente, la joven puso en marcha el coche, y se alejó.

Achibald Shelter subió a sus habitaciones para cambiarse. Metió el llavín en la cerradura, le hizo girar y entró. El cuadro que se mostró a sus ojos al dar la luz no fue demasiado agradable. La ropa de la cama estaba revuelta, volcados los cajones del comodín, y la única maleta de que disponía había sido rasgada concienzudamente.

Esto aparte, un tipo nada simpático estaba hundido en uno de los asientos y tenía en la mano una imponente Luger.

—Hola, Shelter. ¿Qué tal ese paseo? Le vimos marchar con una hermosa dama...

El joven lo tomó con filosofía. Sin responder ni hacer mayor aprecio de la pistola que le apuntaba al pecho, se acomodó en el borde de la deshecha cama y encendió un cigarrillo.

IV

EL individuo era Morton y no estaba solo.

Recostado contra una de las paredes, muy cerca de la abierta ventana, se hallaba otro de los gorilas que había visto ya en «El Paraíso», pero cuyo nombre desconocía.

—Hemos tenido que estropear un poco todo esto, Shelter. Lo siento.

—No hay de qué, Morton. No es vuestra la culpa. ¿Qué buscabais, amigos?

—Fuiste tan poco comunicativo el otro día respecto a tu personalidad e intenciones, que nos hemos visto obligados a hacerte esta visita.

—¿Con qué resultado?

—Nulo completamente.

El orangután que se recostaba contra la pared se movió pesadamente. Acercóse a Shelter y apoyó el cañón de su imponente Colt del 44 en la sien del joven. Luego le quitó el cigarrillo y lo arrojó al suelo, donde lo aplastó con rabia.

—Hemos perdido demasiado tiempo, Morton, y el jefe espera. Cacheémosle.

Morton no cambió de postura ni varió su actitud. Aquello parecía divertirle mucho.

—Hazlo tú, Cártter. La documentación que anoche no llevaba encima puede guardarla ahora en los bolsillos. Realmente, has tenido buena idea.

—Yo... no hablaba de eso... Pensaba en que puede ir... armado.

—También esa es una idea excelente, Cártter.

El sujeto se inclinó sobre Shelter, sin separar el arma de su sien. El joven no se movió. Cártter podía ponerse nervioso y volarle la sesera.

—Bajo el sobaco está mi pistola. La documentación, en el bolsillo interior de la americana.

Cártter le desarmó y sacó los papeles que poco antes, en la orilla del pequeño lago, Stella Dixon había tenido ocasión de examinar. Les echó un vistazo y no pudo dejar de proferir una exclamación.

—¡Atiza!

Morton se irguió, súbitamente interesado.

—¿Qué ocurre?

—¡Mira esto!

Archibald Shelter sacó otro cigarrillo y lo encendió tranquilamente. Oyó que Morton murmuraba:

—Bueno... Estos papeles explican muchas cosas. Al jefe le gustará

conocerlos.

Se levantó perezosamente y avanzó hacia la puerta. Cártier le imitó.

—Saldremos por aquí—dijo—. La escalera de escape y la ventana, por donde entramos, es un camino muy agradable.

—Sí, claro...

Los dos gorilas se fueron y Shelter siguió sentado un buen rato, fumando pensativamente y con una extraña sonrisa en los labios. Le habían quitado la pistola y los documentos, pero esto no parecía preocuparle en absoluto. Quizá pensaba que aquella vez, al menos, había salido bien parado.

El teléfono sonó de pronto y el joven lo cogió, rápidamente, sin tener que hacer otra cosa que estirar el brazo hasta la mesilla donde se encontraba el aparato.

—¿Diga...?

Nadie le respondió.

—¿Quién llama?

Al otro lado cortaron la comunicación. Shelter se puso en pie, cambiósese de atuendo y decidió abandonar el cuarto.

Abajo la gente salía ya del comedor. El *maitre* se le acercó, lamentando su retraso, pero le prometió servirle, si lo deseaba.

—No, no, gracias. Tomaré cualquier cosa por ahí. Tengo necesidad de salir rápidamente. Antes quisiera hacer una pregunta a la telefonista.

—Como guste, señor.

Le condujo hasta la pequeña centralita y le dejó con la joven que le servía.

—Hace escasamente diez minutos me han llamado por teléfono. ¿Era hombre o mujer quien pidió hablar conmigo?

La telefonista no lo dudó.

—Era hombre, señor, desde luego.

La respuesta pareció satisfacer a Shelter. Volvió a sonreír, entregó la llave en conserjería y abandonó el hotel.

Caminó entre la multitud, sin prisa aparente. Un momento se detuvo bajo el letrero vertical, de grandes letras rojas y azules, que a veces adquirían un tono violeta. «El Paraíso», «El Paraíso», «El Paraíso», repetían una y otra vez.

Decidió. Se alejó de las avenidas de más tránsito y tomó por una estrecha y empinada callejuela por cuyos escalones ascendió hasta una especie de plazoleta solitaria desde la que se apreciaba una soberbia vista nocturna de la ciudad.

Estuvo unos minutos allí y descendió al cabo por la parte contraria, entre una hilera de árboles y de farolas alineadas alternativamente a lo largo del paseo.

De pronto, algo llamó su atención. Hasta sus oídos llegó un ahogado grito de socorro y apenas lo dudó.

Saltó al otro lado y se encontró con un par de individuos que trataban de reducir a una mujer. Mientras uno la tapaba la boca, el otro intentó arrastrarla hacia un coche que había estacionado a poca distancia, en uno de los paseos

del pequeño parque.

Ella forcejeaba con desesperación. Sus gritos, eran cada vez más débiles. Parecía a punto de desfallecer. Por lo visto, no se trataba de un simple robo, sino de un rapto.

Shelter corrió hacia los protagonistas del drama silenciosamente. Los tipos no se apercebieron hasta que el joven cayó sobre ellos con los puños en alto y los aporreó con violencia.

Ambos liberaron a la mujer para hacer frente al ciclón que se les había venido encima. Eran individuos fuertes, casi hercúleos, pero la sorpresa concedió cierta ventaja a Shelter.

El puño de éste hizo retroceder al que primero reaccionó y lo vio desaparecer entre uno de los parterres. Al otro lo cogió por la entrepierna y el cuello y lo mantuvo inmóvil durante algunos segundos. En seguida le descargó una patada en el peroné, un golpe en el estómago y un gancho en la barbilla que le dejó prácticamente sin sentido.

—Vámonos, señorita. ¿Es aquel su coche?

—Sí.

Subieron al vehículo y arrancaron. La joven, encogida en un rincón del asiento, encendió un cigarrillo.

—¿Qué ocurrió, muchacha? Cuénteme.

—Ni yo misma lo sé... Quise admirar la ciudad desde estos jardines y esos sujetos cayeron sobre mí. ¿Qué cree usted que se proponían?

—Robarla y quizá raptarla. ¿Tiene usted mucho dinero?

—Ni un centavo. Mi padre sí, bastante.

—Para el caso es igual. ¿Dónde quiere que la lleve?

—A cualquier parte donde podamos tomar unas copas. Lo necesito.

—¿Por qué no vuelve a casita, con papá?

La muchacha parecía irse recuperando paulatinamente. Era una verdadera muñeca de poco más de veinticinco años; de ojos verdes y cabellera de un llamativo rubio artificial. Tenía una boca grande y jugosa y unas formas impresionantes.

—Es una idea. Déjeme conducir a mí.

La joven se deslizó ágilmente quedó sentada ante el volante, mientras Shelter ocupaba un sitio a su lado.

—Todavía no sé cómo se llama—sonrió la muchacha—. Yo soy Lucy Dorayne.

—Yo, Archibald Shelter, un nombre largo y difícil.

—Le llamaré Archie.

Había dejado atrás la ciudad propiamente dicha y rodaban sobre la negra cinta de una carretera a cuyos lados se elevaban algunas villas costosas, de una arquitectura rabiosamente avanzada.

La joven, poco después, metió el vehículo por la puerta abierta en una valla y adelantó por un caminito de guija hasta detenerse frente a una especie de palacete muy elegante, casi cubierto de flores y de enredaderas.

—Venga, Archie, no se quede ahí, con la boca abierta. Esto no es más que la fachada.

Pasaron al interior. Al dar la luz, Shelter sí que encontró motivos para sorprenderse.

—Sí, Lucy, creo que tu padre no es ningún pordiosero.

—Ya te lo avisé.

Se habían tuteado inconscientemente. Se miraron y sonrieron.

—Ven por aquí. Tomaremos esa copa que los dos necesitamos.

Entraron en el bar y ella preparó unos combinados. El, mientras, se acercó a una de las puertas, y se puso a observar la enorme biblioteca. De un sillón con orejas salía humo, por lo que Shelter supuso que alguien estaba allí sentado, fumando.

—¿Eres tú, Lucy?

—Sí, papá. Si me permites, voy a presentarte al señor Shelter. Archibald Shelter, papá.

El hombre se incorporó lentamente. En la mano izquierda tenía un cigarrillo y bajo el brazo un libro. La manga del otro lado estaba vacía y metida en el bolsillo derecho de la bata.

—Mucho gusto, señor Shelter. Conceptúese en su casa.

Les volvió la espalda y se dirigió a uno de los estantes. Lucy Dorayne agarró a Shelter y le condujo de regreso al bar.

—Mi padre es mutilado de guerra. Perdió el brazo en Corea. No le hagas mucho caso. Es seco, pero buena persona.

Bebieron ahora un par de sorbos de *whisky* y él hizo intención de marcharse. Ella no se lo permitió.

—No tengas prisa, Archie. Aún es temprano.

El señor Dorayne apareció en aquel momento.

—¿Puedo tomar un vaso con vosotros?

—Desde luego que sí, papá. ¿Sabes una cosa? Alguien ha intentado robarme o secuestrarme. Archie me salvó.

—¿De veras hizo usted eso, señor Shelter?

—Pasaba por allí casualmente. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—Sí, claro... Mi hija me ha dicho su nombre, pero quisiera saber más de usted. ¿Vive en Reno? ¿A qué se dedica?

—Estoy de paso por la ciudad y no me dedico a nada. Gozo de unas vacaciones.

—¿Y... antes de sus vacaciones?

—No me dedicaba a nada tampoco. Bueno, a nada interesante. Estuve... estuve descansando.

—¿Durante... mucho tiempo?

—Un año largo, señor Dorayne... En verdad, acabo de salir de la cárcel. No robé ni maté, pero me encerraron. Alguien se empeñó en fastidiarme y lo consiguió. No quiero hablar de las consecuencias de todo aquello, perdone.

—Lamento haber removido sus recuerdos, muchacho. Mucho gusto en conocerle y gracias por lo de mi hija. Espero verle por aquí alguna otra vez.

—Procuraré complacerle, señor.

La joven soltó una carcajada, cuando el dueño de la casa hubo salido.

—Después de lo que has dicho, dudo si dejarte el coche para tu regreso a Reno.

—Iré en el autobús. Cerca de aquí he visto una parada.

—¿Y qué disculpa tendrás, entonces, para venir a vernos?

—¿Piensas que necesito disculpa? No, Lucy. Tu padre ha sido muy amable y tú eres preciosa. Dos motivos suficientes para no dejar de volver.

Se dirigieron por fin al vestíbulo y transpusieron la puerta principal. Ella se recostó en una de las columnas que sostenían parte de la gran terraza.

—Eres mi valeroso caballero andante, mi libertador. Gracias una vez más, Archie... Buenas noches.

La carretera se encontraba prácticamente en soledad. Las viviendas yacían silenciosas y oscuras. Sólo la de Lucy Dorayne brillaba. Pero a la joven ya no se le veía.

Cruzó un imponente automóvil a gran velocidad. Shelter anduvo por el borde del asfalto. A menos de cien pasos se encontraba la parada del autobús, su punto de destino. Hizo un alto y se dispuso a encender un cigarrillo.

De pronto oyó ruido a su espalda. Trató de volverse y un objeto duro se le pegó a los riñones. Comprendió en seguida que se trataba de una pistola.

—Vamos a dar un paseo, muchacho.

Un motor se puso en marcha entre los setos y el morro de un automóvil apareció en la carretera. Shelter intentó mirar hacia el interior del vehículo, pero no le dejaron demasiado tiempo para lograrlo.

La presión del arma se acentuó contra su cuerpo. Luego algo se abatió sobre su cabeza y la tierra comenzó a perder estabilidad bajo sus pies. Giró sobre sí mismo y pudo notar nebulosamente que un rostro sarcástico se le ponía delante como en una visión de pesadilla.

Lo empujaron al coche y lo acomodaron en su interior, medio inconsciente.

V

DURANTE un par de minutos, Shelter intentó desesperadamente mantenerse lúcido. Pero acabó por ceder a la enorme laxitud que le había invadido tras el tremendo porrazo.

Caído de costado contra uno de los rincones del vehículo, se esforzó por identificar el camino que seguían. No le fue posible y entonces decidió cerrar los ojos y esperar así los acontecimientos, que a entender, no iban a tardar mucho en desarrollarse.

Al cabo de un rato notó que el automóvil se detenía y que lo sacaban brutalmente de él. Hizo otro esfuerzo para sostenerse relativamente erguido y no lo consiguió. No sentía las piernas. Era como si las tuviese de corcho o algodón.

Le pareció que la calle se encontraba muy oscura. Claro que la oscuridad podía estar en sí mismo, en su cerebro semiembotado.

Le condujeron por un pasillo largo como un túnel y acabaron por arrojarlo sobre un pavimento encerado.

—¿Qué infiernos habéis hecho? Nadie os pidió que le golpeaseis.

—Hubo que hacerlo.

Las voces de los que hablaban parecían llegar hasta los oídos del joven desde mil millas de distancia. Shelter levantó los párpados penosamente y acabó por advertir los bultos irreconocibles de varias personas, acomodadas en torno suyo, en distintas actitudes.

—Echadlo aquí, en este diván, y que beba un buen trago. Eso le hará recuperarse.

Notó apenas que le levantaban del suelo y le tendían sobre una superficie blanda y confortable. Después, alguien le cogió la cabeza y le puso en los labios un vaso de *whisky*. El fuerte olor del líquido sin rebajar ya le hizo apetecerlo. Tragó ansiosamente y un agradable calor se extendió por sus venas.

—Vamos, muchacho, despierta.

Era Marcory. Acabó por reconocerle. Shelter suspiró, pero continuó con los ojos cerrados. La impaciencia del dueño de «El Paraíso» se acrecentó.

—¡Maldita sea!

—Está fingiendo, Marcory. Déjamelos a mí.

Shelter comenzó a rebullirse y trató de levantar la cabeza de los cojines sobre los que la tenía hundida. Lo consiguió a duras penas y se pasó la mano por la húmeda frente.

No fingía, como el gorila aquel había afirmado. Muy al contrario, se

esforzaba por recuperar su lucidez. Deseaba descubrir en seguida la razón por la cual le habían secuestrado y conducido hasta allí.

—Animo, Shelter. Estás entre amigos. Archibald Shelter acabó por sentarse en el diván.

—¿Amigos?—musito—. ¡Cualquiera lo diría! Desde que llegué aquí no habéis dejado de fastidiarme.

—Bueno... es que antes no lo éramos. Recuerda, sin embargo, que nosotros no iniciamos esto. Fuiste tú, cuando la partida de póquer.

—Clark y Duxley hicieron trampas.

—Pero no contra ti. Debiste comprenderlo y cerrar la boca. Wigmore y Brandon eran dos palominos atontados. Este último tenía la cartera bien repleta. Una de nuestras chicas nos dio el soplo.

—¿Por qué infiernos me cuentas eso ahora?

—¿Hubieras preferido saberlo antes, para ir a partes iguales con nosotros?

Archibald Shelter sonrió. El diálogo lo había mantenido con los ojos cerrados y el rostro apoyado en las palmas de las manos. Por fin separó éstas y abrió aquéllos. Reconoció el despacho y advirtió que él y Marcory estaban solos. ¿Había oído hablar verdaderamente a otros o todo era producto de una pesadilla?

—Puede que sí—respondió al cabo.

—En ese caso, llegaremos a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Te estoy prometiendo trabajar en «El Paraíso».

—Temo que no voy a poder aceptar.

—¿Por qué?

—Necesito todo mi tiempo para dedicarme al asunto que me trajo a Reno.

Marcory se acercó a la mesita donde había una botella de *whisky* y algunos vasos. Mientras echaba licor en dos de ellos, Shelter sacó un cigarrillo y lo encendió. Lanzó un par de bocanadas de humo al espacio y se puso en pie. Sus piernas le respondieron mal.

—Tómate otra copa y discutamos esto.

Shelter obedeció. Apuró el vaso de *whisky*, de un solo trago, y esperó a que el otro continuase.

—Ahora sé quién eres realmente y para lo que buscas a aquel tipo del F.B.I. Yo me atrevería a aconsejarte que no te precipites. Ese hombre desapareció de aquí hace unos cuantos meses. Sus amigos de la «poli» estuvieron indagando y nada lograron averiguar. Encontraron poca colaboración por parte de quienes podrían haberles ayudado.

—¿Qué quiere indicar?

—Lo mismo te sucederá a ti, que cuentas con menos medios de información, salvo que decidas trabajar en «El Paraíso». Mi club será una estupenda atalaya desde donde podrás ver y oír muchas cosas interesantes. Tus mismos compañeros quizá puedan sugerirte alguna pista. ¿Qué te parece?

Antes de responder, Shelter se acercó a la mesa de despacho y se acomodó

en una de las esquinas.

—¿Cuál sería mi misión?

—Varia y entretenida. Vigilancia de las mesas, para evitar desagradables incidentes, como el que tú provocaste la otra noche. Procurar que las cosas estén en orden en el bar y en la sala de fiestas... No separarte de mí.

—Una especie de guardaespaldas, ¿no es eso?

—Eso exactamente. Mi hombre de confianza. Ocuparías el lugar que vacó hace varios meses.

—¿El de Lavelan Dixon tal vez?

—Tal vez.

—¿Y podría ocurrirme lo que a él?

—¿Qué supones que pudo ocurrirle?

—Alguien debió de cargárselo. Stella Dixon tiene ese presentimiento y yo opino como ella.

—Si Stella lo ha dicho, sus razones tendrá. ¿Cuándo hablasteis de esto?

—Cuando tú la ordenaste que me sacara del hotel para que tus gorilas tuvieran tiempo de registrar mi cuarto. Claro que no encontraron lo que buscaban y se vieron obligados a esperarme. Una agradable visita, desde luego.

¿Cuándo me devolverás mis papeles y mi Rosco?

—Tus papeles, ahora mismo. La pistola, cuando hayas aceptado mi ofrecimiento.

Sacó de su bolsillo la documentación perteneciente a Shelter y se la entregó.

—Mira a ver si te falta algo. Ahí están tu carnet de identidad, tu licenciamiento de... una carta muy sentimental de tu novia diciéndote que iba a casarse con otro y...

—Sí, está todo, gracias.

—No te gusta hablar de esto, ¿eh?

—¿Te gustaría a ti? Son recuerdos demasiado amargos. Desearía olvidarlos, pero no debo hacerlo. He de llevar a cabo mi venganza.

—Por tus propios medios no lo conseguirás.

—¿He de responderte ahora mismo?

—Pongamos que mañana. ¿Otro *whisky*?

—No. Sólo una pregunta: ¿Quién de tus amigos me atizó esta vez?

—Bert Clark, pero no lo hizo por placer ni por mala voluntad. Tuvo otros motivos. Poderosos motivos.

—¿De qué clase?

—Puede que algún día los conozcas si seguimos siendo amigos.

No la había hecho por placer ni por mala voluntad. Marcory acababa de afirmarlo. Había motivos muy poderosos. *Motivos muy poderosos*. ¿Qué motivos? Algo pugnaba por abrirse camino en su cerebro.

—¿Vuelves a tu hotel o prefieres dar una vuelta por la sala?

—Tomaré una copa antes de irme. Quiero agradecer a cierta persona cierto

servicio.

—Te refieres a Stella Dixon, ¿no es cierto? Escucha un momento, Archie. No te precipites en tus juicios. Ella ignoraba cuando salió contigo lo que yo pensaba hacer.

—¿Piensas que yo voy a tragarme esa bola?

—Es la pura verdad.

Precedido por Marcory, Shelter abandonó el despacho. Apenas hubieron salido al pasillo, el tremendo bullicio de la sala les asaltó. Shelter pudo comprobar que el despacho, como había supuesto la primera vez que le encerraron allí, estaba construido a prueba de ruidos.

—¡La pura verdad! ¡No me hagas reír! Tengo otras razones para sospechar que ella actuaba por orden vuestra.

—¿Cuáles razones, por ejemplo?

—Vosotros querías asegurarnos de mi identidad. Stella fue a verme y me sacó de casa. Mientras, unos tipos registraron mi cuarto. No encontraron nada porque lo que buscaban, contrariamente a lo ocurrido la noche en que pisé por primera vez «El Paraíso», lo tenía en el bolsillo. Al llegar yo, me lo quitaron.

—De eso ya me hablaste antes.

—Pero es que aún hay más. Una llamada telefónica. Me puse yo al aparato y colgaron. ¿Supones lo que me sugirió tal llamada?

Marcory sonrió mientras abría la puerta guateada, que daba acceso al local, y cedía el paso a su acompañante.

—Espero que me lo digas tú.

—El jefe de aquellos tipos intentaba ponerse en contacto con ellos para pedirles que se retirasen, puesto que él ya conocía lo que deseaba saber. ¿Por quién y cómo? La contestación es obvia. Stella, a la que yo había explicado mi personalidad durante nuestro paseo y enseñado mi documentación, contó lo que sabía en cuanto llegó a «El Paraíso». Dime que estoy equivocado, Marcory.

Este volvió a sonreír y le golpeó amistosamente la espalda sin responder y ambos se separaron. Shelter volvió a preguntarse por el poderoso motivo que, según Marcory, había impulsado a Bert Clark a golpearle en las cercanías del domicilio de los Dorayne.

Intentó recapitular, pero no le fue posible. Apenas Stella Dixon le hubo echado la vista encima, dejó al tipo que acompañaba con una disculpa y se acercó a Shelter con estudiados movimientos.

—¡Hola! ¿Qué tal desde hace un rato?

La mujer estaba encantadora, con un vestido rojo, que se ceñía a su cuerpo escultural como una segunda piel, y su amplia sonrisa insinuante.

—Casi bien.

—¿Te ha sucedido alguna otra aventura?

—Dos o tres aventuras, para ser exactos. De la última volví a salir malparado. Bert Clark intentó ablandarme la sesera.

—Pero... ellos querían saber... tu identidad... Sólo eso... ¿Por qué,

entonces...?

—Yo he formulado a Marcory la misma pregunta, ¿y sabes lo que me ha respondido?

—No.

—Que había un motivo muy poderoso. ¿Conoces tú ese motivo, por casualidad?

—¿Por qué había de conocerlo?

—Tú trabajas para Marcory.

—Trabajo en «El Paraíso», que no es igual. *Sólo* en «El Paraíso».

—¿No me engañas, muñeca? Mira, sé que tú me invitaste a pasear ayer tarde con una idea preconcebida. Después, apenas supiste mi identidad, te faltó tiempo para venir a contarle todo a Marcory.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo demás? Yo lo hice por ti, no por ellos. Sabía lo que deseaban y temí empleasen de nuevo la violencia para obligarte a hablar. ¡Eres tan admirablemente obstinado, querido...! Además, Marcory me prometió, a cambio, darte un empleo en «El Paraíso». ¿Sabes lo que esto significa? Que tú y yo trabajaremos unidos en nuestro asunto. Me refiero a... a Lavelan... y a tu hombre del F.B.I.

Tenía los ojos húmedos y parecía sincera. Shelter cambió inmediatamente de actitud.

—Estoy dispuesto a creerte, encanto.

—Lo dices en un tono irónico que no me gusta.

—Sin embargo, hablo en serio. ¿Quieres que bailemos?

—Mejor echemos un trago. Tengo los pies deshechos. Un maldito patán me los ha destrozado a pisotones.

—Bueno... Bebamos.

Se encaramaron en sendos taburetes. El barman se apresuró a servirles lo que deseaban. *Whisky* los dos.

—¿Has aceptado el ofrecimiento de Marcory? Porque supongo que habrá cumplido la palabra que me dio a cambio de mi confidencia.

—Lo ha hecho, pero todavía no me he decidido... He de pensarlo... La ocupación de guardaespaldas no me satisface. Podría, por añadidura, estarme mucho tiempo.

—Pero estaríamos casi siempre juntos, Archie.

—¿Qué mosca te ha picado, dulzura? Parece como si no existiera otro hombre en el mundo más que yo.

—Y no existe.

—¿Ni siquiera Lavelan? Recuerda que estás aquí por él.

—Lavelan menos que ninguno. Recuerda tú lo que siempre te he dicho. Mi marido está muerto.

—Pero su memoria...

—Déjate de pamplinas. El tiempo pasa de prisa y yo no soy ninguna niña ya. Esto aparte, tú llegaste en el momento psicológico justo. De otro modo, no se explicaría que me haya enamorado de tí tan estúpida y rápidamente.

—No puedes hablar en serio, Stella...

La pelirroja se le quedó mirando inquisitivamente. Descendió de su asiento y quedó un instante en pie, recostada contra el mostrador. Su poderoso busto se insinuaba fascinante.

—¡Claro que no, Archie! No te asustes... No obstante, quisiera saber una cosa. ¿Hay... hay otra mujer?

Automáticamente, a la memoria de Shelter acudió la bella imagen de Lucy Dorayne, Su pujanza juvenil, su actitud entre ingenua y provocativa, su apasionado beso de despedida.

—Si ayer, en la orilla del lago, me hubieras preguntado esto, te habría respondido sinceramente que no. Ahora ya no estoy tan seguro. Esta noche he conocido una chica estupenda, en circunstancias muy especiales. Hasta el nombre me suena a gloria: Lucy, Lucy Dorayne... Stella Dixon continuó mirándole fijamente.

—Es muy guapa, sí... Pero yo, en tu lugar, me guardaría de ella.

—¿La conoces?

—Viene muy a menudo por aquí. Puedes preguntar a cualquiera. Una pequeña hipócrita que se divierte con los hombres. La gente se pregunta qué clase de padre es el suyo para permitirle tales excentricidades. Hace un par de horas, poco más o menos, estuvo aquí. Quizá hace tres o cuatro, no sé. Parecía esperar a alguien. Luego se marchó.

—Sería entonces cuando yo la encontré. Unos tipos intentaban asaltarla. Yo intervine y...

—Muy romántico.

Dejó el vaso en el mostrador y se despidió de su interlocutor, bastante molesta por la declaración de él.

—Buenas noches, Archie.

—Espera un segundo, Stella. Esto necesita una explicación.

—Si estás dispuesto a dármela.

—Digo por tu parte. Has hablado mal de esa muchacha. ¿Sólo porque he sugerido la posibilidad de que me guste?

Stella Dixon movió la cabeza enérgicamente.

—No, sólo por eso, no. Creo sinceramente que es perversa. La agrada serlo. Yo la he visto aquí docenas de veces... y nunca con el mismo individuo.

—Hoy no tenía a ninguno, según tú.

—Pero parecía esperarlo, ya te lo dije. ¿No te esperaría a ti?

—Imposible. Yo no la conocía aún.

—Ella podía conocerte. Como venías, te preparó aquella escena, para impresionarte. Claro que es una tipa que no necesita subterfugios de ninguna clase para acercarse a los hombres. La he visto abordarlos con mejor estilo que yo misma. Pero con una notable diferencia. Yo lo hago por obligación y ella por gusto...

Stella Dixon intentó alejarse, pero Shelter se lo impidió. Bajóse a su vez

del taburete y la agarró por un brazo. Como uno de los empleados y algunos clientes los mirasen, el joven optó por llevársela hacia la pista de baile.

—Perdona que insista, Stella. Nada de lo que afirmas tiene sentido. Nada absolutamente.

—Quizá no, en efecto. Sin embargo, antes estabas buscando el motivo por el cual Bert te había golpeado. Llegaste incluso a preguntármelo a mí. Pues bien, el motivo puede ser Lucy Dorayne. Bert y ella... se entienden. Los he sorprendido algunas veces, secreteando.

Shelter dejó de bailar y volvió hacia el mostrador. Mil contrarios pensamientos asaltaron su frente. Un informe montón de preguntas sin respuestas acudieron a sus labios. Encendió un cigarrillo y fumó durante un rato ensimismadamente. Stella Dixon no se atrevió a decir nada.

De súbito, con gesto maquinal, Archibald Shelter dejó un billete sobre el mostrador y se dirigió hacia la puerta de salida. No oyó al camarero decirle que estaba invitado de parte de la casa, ni a Stella Dixon profiriendo un duro ex abrupto contra sí misma.

Cruzó el umbral, no demasiado de prisa, y se dispuso a encender un cigarrillo. No había acabado de hacerlo, cuando alguien le golpeó suavemente en el hombro. Al volverse, se encontró con una criatura angelical. Ni con Stella Dixon ni con Lucy Dorayne tenía comparación. Era jovencísima, alta y perfectamente formada, con una melena corta, color castaño, que encuadraba un rostro de líneas suaves y armónicas.

—¡Creí que no salía nunca, hermano! Tengo un mensaje para usted.

—¿Para mí?

—Sí, si se llama Archibald Shelter.

—Así me llamo. ¿Qué es ello?

—Venga conmigo. Una persona le espera.

Antes de que el joven pudiera responder, afirmativa o negativamente, ella comenzó a caminar hacia un cochecillo pintado de gris que estaba detenido a la vuelta de la primera esquina. El la siguió.

—Suba. Estaremos allá en un segundo.

Fue algo más de un segundo lo que tardaron en llegar. Se trataba de una callejuela oscura y solitaria, sin salida. A Shelter aquello no le olió nada bien.

—¿Es aquí?

—Aquí es. Si tiene miedo...

Debió decir que sí, que lo tenía, pero a ningún hombre le gusta reconocer esas cosas en presencia de una mujercita como su acompañante. Saltó a tierra y esperó a que ella le imitara. Se le quedó mirando entre risueña y enfadada y Shelter preguntó:

—¿Dónde está esa persona?

Por toda respuesta, la desconocida alzó su pequeña mano y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre la mejilla del joven. Este reaccionó rápidamente, la agarró ambas muñecas y logró inmovilizarla.

—¿Qué te propones, encanto?

—Mira hacia atrás y lo comprenderás.

Shelter lo hizo, pero un poco tarde para evitar el ataque de los dos energúmenos. Estos saltaron hacia adelante y Shelter vióse obligado a libertar a la muchacha.

Un puño hendió el aire y le alcanzó en el rostro de refilón. Ella volvió al coche y se acomodó frente al volante.

Shelter levantó la pierna y la descargó contra el vientre de uno de sus contrincantes. El gorila aulló y trató de agarrarle con una presa de «judo», mientras el otro alzaba una cachiporra de goma maciza y se disponía a dejarla caer sobre la cabeza del joven.

En cierto momento, Shelter percibió que la mujer seguía allí, ante el volante, contemplando con cierto regocijo la escena. A veces animaba a los matones.

—¡Vamos, pequeños, que no se diga!

Pero había mucho que decir de la forma de pelear de Shelter. Este consiguió colocar un terrible gancho en el mentón de su más peligroso adversario, el cual se tambaleó como una torre sacudida por un terremoto.

La chica decidió que ya se había divertido bastante, puso el coche en marcha y se alejó. El sujeto de la cachiporra, por su parte, que se había repuesto un tanto, arrojó su arma a la cabeza de Shelter.

—Larguémonos—dijo a su compinche—. La tipa esa ya lo ha hecho.

Ambos salieron huyendo y Shelter no trató de seguirlos. Otra nueva preocupación había venido a sumarse a las muchas con que parecía contar. Recompuso sus ropas, y durante cerca de una hora vagó por las calles de la ciudad.

Más tarde se retiró a su cuarto del hotel y se tendió vestido sobre la cama. Fumó varios cigarrillos, en actitud profundamente meditativa, y al cabo exclamó en voz alta:

—Lo de esa chica no lo comprendo. Lo otro, sin embargo... Sí, pudiera ser... Seguramente lo es...

Se desnudó lentamente, apagó la luz y poco después dormía como un bendito.

VI

COMO algunas noches atrás, Archibald Shelter empujó decidido las puertas de «El Paraíso».

—¿Decidido a quedarte con nosotros, Archie?

Marcory le había abordado antes de lo que el joven hubiera atrevido a sospechar en medio de la confusión reinante en la sala. Sin duda, le esperaba.

—Por supuesto. Lo he pensado y creo que es lo mejor. Muchas gracias, Marcory. Realmente, necesito este trabajo.

—Bueno... Puedes empezar esta misma noche. Ya hablaremos del sueldo más tarde. Del sueldo y de algunas otras cosas importantes.

—¿Qué he de hacer?

—Por el momento, vigilar la sala y ser atento con los clientes. Si alguna dama se acerca a ti, trátala delicadamente, aunque sea una momia. Esto, para empezar, es suficiente.

—Continuáis sin fiaros de mí, ¿no es eso, Marcory? El ser un ex presidiario no debe resultar recomendable ni siquiera para vosotros.

—Te equivocas, Archie. Hemos procurado cerciorarnos de que era cierta tu estancia en un hotel del Estado. Hablamos por teléfono con cierto amigo nuestro de Frisco, el cual, por mediación de otros amigos, nos ha facilitado algunos datos de tu estancia en aquella casa de la isla de Alcatraz. Tenías para más tiempo, pero, debido a tu buena conducta, sólo estuviste allí un año.

—No estás diciendo nada que yo no sepa.

Marcory deslizó rápidamente su mano en el bolsillo y sacó el revólver de Shelter. Se lo entregó con disimulo y en seguida se separaron.

Shelter anduvo por entre las mesas y llegó ante la puerta del pasillo interior. Un segundo se detuvo allí y de pronto decidió entrar. A ambos lados había puertas y por debajo de algunas se filtraba la luz.

Pasó de largo y ascendió por unas escaleras hasta el segundo piso. Apenas había desembocado en él, James Duxley, que salía de una de las habitaciones, le detuvo malhumoradamente.

—¿Qué infiernos se te ha perdido por aquí?

—Nada, absolutamente nada. Echaba un vistazo. Simple curiosidad de empleado.

—Tu sitio está abajo, en la sala.

—¿A qué dedicáis este piso?

—A lo que a ti no te importa.

—Vamos, Duxley, no sea cascarrabias. Comprenda que no me voy a sorprender por nada. Si descubriera aquí algún fumadero de opio o marihuana,

no me extrañaría. Tampoco, por ejemplo, algún laboratorio para el chantaje. Ya sabe a lo que me refiero, Duxley.

—No, no lo sé, maldita sea.

—Se lo diré yo, entonces... Un tipo con pasta, bien situado en la ciudad, quiere correrse una juerga. Vosotros le facilitáis el asunto. Una hermosa señorita, champán, etc. Cuando quiere darse cuenta, está en vuestras manos. Hay mil formas de retratar al incauto y luego, pedirle un alto precio por los negativos. Lo mismo que si se trata de una señorona con ciertas debilidades.

—Quieres saber mucho en poco tiempo, Archie... Puede ser extremadamente peligroso para tu salud. Es un consejo leal, muchacho.

Shelter hizo caso omiso de la apreciación de Duxley.

—Tampoco me sorprendería encontrar un depósito de estupefacientes o algo por el estilo. Allá, en Alcatraz, se decía que alguien estaba inundando de heroína y demás alcaloides esta parte del país. «El Paraíso» pudiera resultar, a fin de cuentas, un verdadero infierno.

—¡Lárgate de aquí! Vete abajo y no me hagas perder la paciencia.

—Todavía siente resquemor por lo de la otra noche, Duxley. Eso no está bien. De hoy en adelante podréis fiaros por completo de mí. Sin olvidar el otro asunto que me trajo a Reno, me agrada ganar dinero. Cuanto antes y la mayor cantidad posible.

—Eres un maldito obstinado, muchacho. No quieras darte cuenta de lo conveniente que resulta en estos casos no precipitarse.

Duxley le echó un brazo por el hombro y se dirigieron hacia la escalera. Parecía haber olvidado por completo, pese a las palabras de Shelter, recordándose, los golpes recibidos cuando la célebre partida de póker.

—Usted lleva mucho tiempo aquí, Duxley. ¿Qué ocurrió con Lavelan y con mi hombre del F.B.I.?

—Lo ignoro por completo. Lavelan ocupaba un puesto de guardaespaldas junto a Marcory. Yo, pese a ser copropietario de «El Paraíso», nunca precisé nada igual. Claro que mi trabajo queda en un discreto segundo plano y es Marcory quien hace frente a lo más duro y desagradable.

—¿Qué sabe de Stella Dixon?

—Vino buscando a Lavelan, su marido, y Marcory la empleó aquí. Yo no era partidario de ello, pero él lo quiso así. Para mí que a Marcory le gusta esa mujer.

—¿Dónde vive?

—¿Marcory o Stella?

—Usted sabe a quién me refiero.

—Stella tiene aquí dos habitaciones. Las mejores de la casa, después de las mías y de las de mi socio. ¿No te has dado cuenta aún? «El Paraíso», en tiempos, fue sala de juego y hotel. Al adquirirlo nosotros, lo dejamos sólo en sala de juego. La parte de hotel la ocupamos con los muchachos. A ti te hemos reservado también tu alojamiento.

James Duxley había cambiado lentamente su actitud belicosa por otra de

clara simpatía hacia su interlocutor. Shelter no sabía qué pensar.

—Marcory no me ha dicho nada.

—Se le habrá olvidado. ¿Quieres que te lo enseñe, ya que estás aquí?

El joven miró a Duxley con ciertas prevenciones. Tal vez trataba de conducirlo a una encerrona donde le vapulearían de nuevo para desquitarse de los golpes que él propinó a Clark y al propio Duxley la primera noche de su arribada allí. Así y todo, decidió:

—Como le parezca...

Volvieron sobre sus pasos. Tras el recorrido sobre su habitación, Shelter pudo hacerse una más perfecta composición de lugar. La parte de arriba, por lo visto, se dedicaba, efectivamente, como había dicho Duxley, a vivienda de la pandilla. Abajo estaba el club, la sala de juego, los reservados, el despacho de Marcory, etc. Se le ocurrió preguntarse qué habría en los sótanos.

—¿También perteneció a Lavelan?

—También.

Se trataba de una alcoba no muy grande, con lavabo de agua corriente, un armario, dos mesillas de noche, una coqueta y un par de sillones.

—Es de matrimonio, como ves. Casi todas lo son, pues no creímos necesario cambiar el mobiliario.

—Sí, claro.

En efecto, el mobiliario y la distribución de los cuartos puede que no hubieran sido alterados. No obstante, había algo que no podía pasar inadvertido para Shelter. Las contraventanas y las puertas estaban guateadas, pero, debajo, con toda seguridad, existían gruesas planchas de acero contra balas.

—¿Usted vive de veras aquí?

—Bueno, ocupo a veces una habitación. Pero, en realidad, dispongo de una casita en las afueras. La ocupo con mi hija Annette.

—Parece un nombre francés.

—Su madre lo era.

—¿Se largó con otro?

A Duxley no le gustó la pregunta. Arrugó el ceño, quedóse un momento pensativo, y al fin respondió, escuetamente:

—Murió.

—¿Podré conocer a su hija?

—Espero que no. Intento tenerla alejada de todo esto, aunque, a veces temo no conseguirlo enteramente. Es una verdadera muñeca de criatura, con su pelo castaño y sus ojos del color de la miel. Ha cumplido veinte años hace poco.

Shelter comprendió que Annette Duxley era la verdadera y, quizá, única debilidad de aquel hombre, Recordó algo de pronto.

—¿Sabe lo que creo, Duxley? ¡Que la conozco ya! Anoche una señorita de esas señas me llevó a cierto lugar apartado, me atizó un par de bofetadas y me lanzó en los amorosos brazos de dos gorilas para que me reblandecieran los

huesos. Ahora comprendo el motivo. Alguien debió decírla que yo le había pagado a usted y quiso desquitarse.

James Duxley sonrió divertido.

—Pudo ser. La creo capaz de eso y mucho más. Es muy temperamental. También en eso se parece a su madre.

Shelter observó a su interlocutor, cada vez más extrañado. Cuando hablaba de su hija y de su mujer, aquel tipo se transfiguraba, parecía otro totalmente distinto. Por supuesto, esto podía no significar nada. Cada cual quiere a los suyos. Incluso las fieras aman.

—Bueno, ahora sí que me voy. Le quedo muy agradecido por todo, Duxley. Y perdóneme por lo de la otra noche.

—¡Al diablo aquello! Tampoco tú te fuiste de rositas. Y no lo digo precisamente por lo de Annette.

Se despidieron con un apretón de manos, como dos viejos amigos, y cada cual marchó por su lado. Duxley retrocedió, posiblemente hacia su cuarto, y Shelter dirigióse hacia la escalera para descender al primer piso. A la mitad de los escalones, se encontró con Stella Dixon, a la que no había visto en toda la noche.

—¿Dónde diablos te metes, Archie? Supe que estabas aquí y no hubo forma humana de echarte la vista encima hasta ahora.

—Eso mismo podía decir yo de ti, encanto. Pensé que me andabas rehuyendo.

—¿Por qué razón iba a rehuirte?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Quizá no le gustó mi actitud de anoche o tal vez te has enfadado por cualquier otra causa. O a lo mejor no se trata de eso únicamente.

—¿Qué quieres decir?

Él puso rostro inefable.

—No quiero decir nada, muñeca. Perdona que no me entretenga más, pero temo que Marcory me eche de menos abajo. Llevo mucho rato por aquí.

—¿Y no puedes continuar un poco más? Ven. Voy a enseñarte mis habitaciones. Es la tercera, de la derecha.

—¿Sabes que ocupo yo la de tu marido?

—Si ocupas su puesto, lo normal es que ocupes también su habitación. Todo lo que le perteneció a él, debe pertenecerte a ti. Te lo mereces.

La insinuación era clara. Ella también entraba en el lote. Le echó los brazos al cuello y le besó fuertemente en la boca. Shelter no opuso reparo alguno.

—¿Vendrás ahora, querido?

El beso no había durado más que una fracción de segundo o tal vez se lo había parecido a él.

—Te buscaré más tarde. Cuando hayamos terminado nuestros respectivos trabajos.

—Si no puede ser antes...

Por encima del hombro de su pelirroja interlocutora, Shelter descubrió a Marcory en el arranque de la escalera. Les miró intensamente y ella cambió de actitud al verle. Bajaron y Shelter explicó:

—Duxley ha estado enseñándome mi cuarto, Marcory. Está muy bien. Me trasladaré mañana mismo.

—Perfectamente. En cuanto a ti, Stella, acompáñame. Tenemos que hablar.

Por un segundo, Shelter creyó advertir un destello de temor en las pupilas de la mujer.

—Estoy a tu disposición.

Subieron y el joven se dirigió a la sala. Encaramada en uno de los asientos del bar estaba Lucy Dorayne. Fumaba aburridamente y una de sus bonitas piernas se balanceaba en el aire, descubierta por encima de la rodilla.

—¡Qué agradable sorpresa, Archie!—exclamó ella, cuando Shelter se la acercó—. ¿Cómo tú por aquí?

—Trabajo en el local. Es mi primera noche.

—¿Podemos tomar una copa juntos?

—Por supuesto. Me han dicho que sea amable con los clientes, pero, sobre todo, con *las* clientes.

—Muchas se emborracharán contigo, si se corre la voz.

—Me atribuyes seducción que no tengo. ¿A qué quieres que te invite?

—La invitación corre de mi cuenta. Supongo que es eso lo que quiere decir tu jefe al referirse a tu amabilidad para con los clientes del sexo débil. Ellas deberán pagar y, mientras ellas paguen, tú no deberás disgustarlas. Así, mientras yo pague, no te separarás de mí.

—Dudo que lo hiciera incluso pagando yo.

—¿Quieres decir que... que te gusto un poco? Antes de responder, Shelter pidió un *whisky*, que el camarero se apresuró a servirle.

—Decir un poco sería faltar a la verdad. Desde anoche, estoy como atontado. Claro que lo mismo puede ser a causa de tu ardiente despedida que a la cordial acogida que me hicieron ciertos individuos, apenas abandoné tu casa. Uno sobre todo me golpeó tan fuerte, que por; poco me parte la crisma.

—Pero... ¿por qué?

—Eso iba a preguntarte a ti. El tipo en cuestión se llama Bert Clark y creo que le une cierta amistad... contigo.

Ella bebió un sorbo de su combinado delicadamente. Parecía estar pensando la respuesta.

—Hemos hablado un par de veces... Si a eso llamas tú amistad...

Shelter no insistió más sobre aquel punto. Sólo agregó, como al desgane:

—Así y todo, me siento celoso.

—No hay razón para ello. Tengo contigo una deuda de gratitud que no pienso dejar de pagar. ¿Podrás acompañarme esta noche a casa? Yo misma pediré autorización para ti a Marcory.

—Iré con mucho gusto.

—Entonces, espera un poco. No aguanto más esta bulla.

Marcory acababa de aparecer en la sala, solo y con el rostro mortalmente pálido, lívido podría decirse. Shelter pensó en Stella Dixon. Recordó la mirada aviesa de Marcory cuando los sorprendió besándose en la escalera y esto le intranquilizó en grado sumo.

Atravesó el establecimiento de un extremo a otro y se ocultó detrás de una de las columnas de jade que sostenían el techo. Vio a Lucy Dorayne avanzar hacia el copropietario de «El Paraíso», cogerle del brazo y alejarse de allí, hablando animadamente.

No lo dudó más. Deslizóse hacia las escaleras, subió los escalones de dos en dos y se detuvo ante la tercera puerta de la derecha. Por un segundo estuvo indeciso e inmediatamente empujó la hoja de madera.

La puerta cedió rápidamente, pues estaba sólo entornada. Shelter pasó dentro. Tendida sobre el lecho, boca abajo, yacía Stella Dixon, presa de entrecortados e histéricos sollozos. Se acercó a ella, que no pareció percatarse de su presencia, y la puso una mano en el hombro. La mujer gimió.

—¿Qué ha sucedido?

La pregunta era obvia. Sobre un sillón, tirada de cualquier modo, había una fina correa manchada de sangre. Por su parte, la ropa de la pelirroja, especialmente en el torso, estaba desgarrada, y, a través de aquellos desgarrones, veíase la carne lacerada. Sin ningún género de dudas, Stella Dixon había sido bárbaramente flageleada.

Shelter apretó los dientes y cerró los puños. Ella le miró casi con odio.

—¿Qué rayos quieres?—le preguntó sibilamente—. ¡Déjame tranquila!

—Adiviné algo de esto y vine a cerciorarme, muchacha. Te juro que Marcory lo va a pagar caro. Le destrozaré a golpes.

Stella Dixon se medio incorporó con un quejido.

—¡Té guardarás muy bien de hacer nada, imbécil! ¿Es que todavía no has comprendido? ¡Marcory está celoso! ¡Su reacción ha sido la de un hombre terriblemente celoso! ¡Y yo... yo soy feliz!

—¿Es que tú... le quieres?

—¡Pues claro que le quiero! ¡Con toda mi alma! ¿Qué habías imaginado? Por él sería capaz de todo.

—¿Hasta de matar?

La pregunta pareció hecha sin intención, pero dio en el blanco. La mujer se alteró muchísimo.

—Quizá, si él me lo pide.

Aquello era horrible, incomprensible casi. Una mujer con la ropa y la piel hecha jirones, que reía y lloraba al mismo tiempo. Una mujer que, medio destrozada, confesaba aún que era feliz. Y parecía sincera.

—Entonces, lo de tu marido, lo de Lavelan, ¿es mentira?

—¡No quiero hablar de eso ahora! ¡Márchate...! y no intentes nada contra Marcory. Te sacaré los ojos si lo haces...

Shelter dejó de tratar de comprenderla y decidió que ya había visto y oído bastante.

Retrocedió hacia el pasillo y hasta que empezó a bajar las escaleras no recordó a Lucy Dorayne, que quizá le estuviera esperando. Quizá solamente, sí, puesto que también, como Stella Dixon, podía estar jugando con él para dar achares a otro.

Sonrió, encogióse de hombros, como si tal posibilidad le importase poco, y se dispuso a salir de dudas.

—Quédate un poco más, Archie.

—No, Lucy; gracias por todo.

Lucy Dorayne desenlazó pesarosa sus brazos del cuello de Archibald Shelter, pero siguió pegada a él. Su cuerpo cálido y esbelto era en aquel momento, enfundado en su estrecho vestido color cereza, lo más hermoso que pudiera imaginarse.

—¿Nos veremos otro día, Archie?

—Siempre que tú lo desees, encanto. Ya sabes donde me tienes.

Se encontraban, como la noche anterior, bajo el porche, envueltos por una suave luz. Habían bebido unos cuantos vasos juntos y él creyó prudente, al cabo de un buen rato, retirarse. No vio al señor Dorayne, aunque, a decir verdad, tampoco le echó de menos. Con aquella dama al lado no había forma de echar nada de menos.

—Llévate mi coche, Archie. Mañana me lo devolverás.

—Prefiero dar un paseo y luego tomar el autobús. Gracias otra vez, Lucy, por tan agradable compañía.

—Adiós.

Shelter cruzó el jardín y emprendió el regreso a la ciudad por la amplia autopista. Al llegar al sitio donde le habían golpeado la noche anterior se detuvo y dedicó algunos minutos a examinar el terreno. Todavía estaban perfectamente marcadas las huellas de los neumáticos del automóvil. También se apreciaban con claridad las de algunos zapatos. Por lo menos, había habido allí tres hombres. Uno, con toda seguridad, Bert Clark... ¿Y los otros dos? Probablemente...

Encendió un cigarrillo y se puso a fumar pensativamente. Marcory había asegurado que Bert Clark tuvo sus razones para pegarle. *Poderosas razones*. Stella Dixon le había hecho creer que esas poderosas razones tuvieran algo que ver con Lucy Dorayne. El mismo había llegado a sospechar que fueran celos a causa de la propia Stella. Ahora sabía que no. La pelirroja era amiga del jefe y necesariamente sus secuaces debían saberlo. ¿Entonces...?

Ni una cosa ni la otra. La solución la había entrevisto la madrugada última en su cama, poco antes de apagar la luz y disponerse a dormir. Ahora estaba casi seguro. Allí mismo, donde se encontraba, la noche anterior estuvo a punto de *ver* a alguien, de *reconocer* a alguien. Quien no deseaba ser *visto* ni *reconocido*.

Trató de revivir cada movimiento suyo, cada detalle. Acababa de encender un cigarrillo y Clark le clavó el cañón de su pistola en los riñones. Le dijo que

iban a dar un paseo. Sonó un motor y un automóvil salió de entre el seto. Fue en aquel instante, al volver él el rostro, cuando le golpearon. Sí, desde luego, alguien había a su espalda. Alguien con un rostro borroso y sarcástico...

Siguió caminando lentamente hacia la parada del autobús. Le resultó difícil localizar la lujosa vivienda de los Dorayne entre tantas casi iguales, sumidas en la oscuridad.

Acaricióse la barbilla y sonrió.

VII

ARCHIBALD Shelter saltó de la cama precipitadamente y recorrió las cortinas. Un raudal de luz inundó la habitación. Por un momento, quedóse pensativo y como desorientado, pero en seguida se dio cuenta de que aún continuaba en el hotel. No parecía muy decidido, pese a lo prometido a Marcory, a trasladarse todavía a «El Paraíso».

Debía de ser cerca de mediodía y él tenía algo que hacer. Recordaba que al acostarse habíase prometido que efectuaría una visita a cierta persona, en cuanto se levantase. Bueno... Ya estaba levantado y le era preciso actuar rápidamente. Quería salir de dudas cuanto antes.

Se duchó, enfundóse en un discreto traje oscuro y examinó la lista de teléfonos. Se aprendió de memoria la dirección y salió a la calle. En un taxi se desplazó hasta su destino, en poco más de un cuarto de hora.

La casa de James Duxley era un chalecito con un pequeño jardín delantero. Mentalmente la comparó con la vivienda de los Dorayne, y tuvo que reconocer la enorme diferencia existente entre una y otra. Pero la última, en su modesto exterior, le gustó más.

Empujó la valla de madera y llegó hasta la entrada por un caminito de guija. Se disponía a pulsar el timbre, cuando percibió que la puerta se encontraba abierta. La empujó y encontróse en un pequeño vestíbulo, amueblado con gusto y sencillez. De alguna parte llegaron hasta él voces coléricas.

—¡No permitiré que me insultes en mi propia casa, Bert! Te he dicho mil veces...

—Yo también he insistido ya demasiado, Annette, y me voy cansando.

—No soy una de esas mujeres a las que tú estás acostumbrado. Esta será la última vez que te permita entrar aquí.

Se hizo un silencio. Una muchacha salió gritando de una de las habitaciones. Poco después apareció Bert Clark, el pelirrojo empleado de «El Paraíso». Trató de coger a la joven por un brazo, pero ella se revolvió airadamente.

—¡No me toques, Bert! Te repito que me dejes tranquila.

—Eso es que hay otro hombre. Dime que lo hay y os mataré a los dos.

Archibald Shelter no se había equivocado en sus suposiciones. Annette Duxley y la mujer que le condujo a la encerrona de la callejuela era la misma persona.

—Si no te vas ahora mismo, me iré yo. Me aburre tanta insistencia.

—Escucha, Annette... No volveré a suplicarte.

En el ardor de su discusión, ni Bert Clark ni Annette Duxley habían percibido a Shelter.

—Yo insisto en que me dejes tranquila. ¿Lo oyes, Bert? Tranquila.

Bert Clark se encontraba fuera de sí. Las venas del cuello estaban a punto de saltársele. En la fuerza de su tremenda ira, las palabras se le enredaban en la lengua.

—No... no... sabes lo que... dices... Te juro que...

Todo ocurrió tan de improviso que incluso a Shelter le pilló desprevenido. Clark saltó sobre su interlocutora, la aprisionó del talle e intentó besarla en la boca. Ambos forcejearon y cayeron al suelo. Las piernas de ella quedaron al aire. Salvajemente, él la cogió del cuello y apretó con fuerza. La muchacha luchó desesperadamente por librarse de aquella garra.

—¡Basta, Bert!

Shelter le agarró con fuerza y libertó a la joven. Annette Duxley se puso en pie, sofocada, y comenzó a arreglarse sus cabellos y ropa desordenados. Clark miró a ambos con furia homicida.

—¡Debí suponer que eras tú, maldito!

—¿Qué diablos estás diciendo, Bert? Yo...

No le dejó explicarse. Saltó sobre Shelter, con el puño levantado, y Shelter tuvo que repeler el ataque. Le golpeó en el estómago y le hizo retroceder contra una mesita de centro, que derribó estrepitosamente.

—He dicho que os mataría y nunca amenazo en balde.

Hizo intención de sacar un arma. Shelter se apresuró a impedirlo. Estiró la pierna y dio a su adversario un terrible puntapié en la cara. Clark cayó hacia atrás, medio inconsciente.

Shelter no le permitió que se rehiciera. Se inclinó hacia él y le propinó un par de puñetazos. Luego le obligó a incorporarse y lo arrastró hasta la puerta, arrojándole fuera. Cerró y se volvió a la muchacha.

—No volverá a molestarla, mientras yo esté aquí.

Annette Duxley le miró con la boca abierta.

—No debió meterse en esto—comentó—. Se ha buscado un enemigo peligroso.

—¿Qué quería que hiciera? No podía consentir que ese sucio bastardo...;

—Me estoy preguntando qué ha venido usted a hacer aquí. Es la última persona que esperaba ver por mi casa.

—Debió usted suponer que yo trataría de averiguar la causa por la cual me propinó aquel par de bofetadas y me lanzó en los amorosos brazos de ciertos sujetos.

—¿La conoce ya?

—Sí. Su padre, inconscientemente, me dio la solución, al ofrecerme un completo retrato de usted.

—¿Y qué pensaba hacer?

—Sólo charlar un momento. ¿Puedo esperar ser oído?

—Depende de lo que esté dispuesto a decirme.

—Sé que usted hizo aquello porque alguien la contó que vapuleé a su padre. Debió pararse a meditar los motivos que me impulsaron a tal acción.

—Lo supe después y estoy avergonzada. Papá me había prometido no volver a jugar, pero... ¿Quiere usted perdonarme?

A Shelter le sorprendieron gratamente las palabras de su bellísima interlocutora.

—¿Quiere esto decir que usted no aprueba la conducta de su padre?

—En absoluto. Varias veces he insistido sobre lo mismo. No me gusta nada lo que sucede en «El Paraíso», y deseo que ceda su parte a cualquiera. Él y yo nos iremos a vivir lejos de aquí, donde nadie nos conozca.

El joven no salía de su asombro.

—Me alegra oírla hablar así.

—¿Por qué? Usted no piensa de la misma forma. Sé que trabaja para Marcory. También conozco otras muchas cosas.

Annette Duxley extrajo un cigarrillo y Shelter se apresuró a encendérselo. Por un momento, los ojos de ambos se encontraron.

—Me halaga suponer que... usted... se ha molestado en investigar mi vida... ¿A qué se debe ese interés por mí?

—Ya se lo he dicho. Me sentía avergonzada por mi comportamiento para con usted. Llegué a imaginar que aquellos tipos le habían dado fuerte. Le aseguro que me alegré cuando supe que no le había pasado nada.

—Es usted una mujer extraña, Annette. Capaz de golpear a un hombre, pagar a dos gorilas para que le reblandezcan los huesos y luego sentir escrúpulos de conciencia. ¿Hubiera sucedido igual si su «víctima» hubiera sido otro y no yo?

—¿Qué quiere decir...?

—No, nada.

—Demasiado lo sé. Supone usted que mis remordimientos se deben a que me gusta. ¡No sea tan engreído! Quizá las mujeres que ha tratado antes de ahora le inciten a pensar así. Yo no soy de esa clase.

—Perdone. Tal vez me he explicado mal.

—Se ha explicado perfectamente. Tenga cuidado al salir. Bert puede estar esperándole.

No le ofreció la mano. Tampoco Shelter, pese a la relativamente cordial conversación mantenida entre ellos, esperaba lo hiciera. Sin embargo, insistió:

—¿Olvidado todo?

—Desde luego.

No había forma humana de prolongar la charla. Y el caso era que Shelter parecía desearlo.

—Supongo que no tengo derecho a esperar de usted que acepte una invitación para almorzar juntos. Quizá de este modo...

—Otra vez se equivoca.

—Sí, claro...

—Buenas tardes.

Estaban ya a la puerta. La joven la sostuvo mientras esperaba a que Shelter saliera. Este vaciló un instante. Abrió la boca dispuesto a decir algo, pero la cerró sin pronunciar palabra.

En aquel momento, acercándose, se escuchó el dramático ulular de una sirena. Los dos jóvenes miraron en aquella dirección. Poco después, un coche policíaco se detuvo ante la casa y saltaron a tierra un par de hombres. Cruzaron el jardín y, haciendo caso omiso de Shelter, se dirigieron a la mujer.

—¿Es usted Annette Duxley?

—En efecto.

—Me llamo Forrestier; teniente Forrestier, de la Policía. Este es mi ayudante. ¿Podemos entrar?

Ya estaba prácticamente dentro cuando el teniente Forrestier formuló su pregunta. Annette Duxley no impidió que Shelter entrara también. Parecía reconfortarla, sin saber por qué, su presencia en aquel momento.

—Les presento al señor Shelter.

—¿Amigo de la casa?

—Trabaja para mi padre, en «El Paraíso».

—¡Ah, sí, su padre!

—¿Qué le ha ocurrido?

El teniente Forrestier se volvió rápidamente, desde el centro del vestíbulo. Era un hombre de mediana edad, bajo y rubicundo. El otro, mucho más joven, apenas tenía carne sobre su largo esqueleto.

—¿Por qué había de ocurrirle nada?

—No se haga el ingenuo, teniente. Ustedes no están aquí en visita de cumplido. Y ya se sabe... Son ustedes como los cuervos... Donde aparecen hay siempre carroña...

—Yo no hablaría así, señorita.

Después de esto, la muchacha se retorció las manos y avanzó hacia el teniente, que seguía mirándola inquisitivamente.

—Perdone... No... no sé lo que... me digo...

A Shelter le extrañó mucho la súbita alteración de la dueña de la casa.

—Su padre ha sido atropellado por un coche.

—¿Muerto?

—Sí... Ha de venir con nosotros para verificar su identificación.

Shelter se decidió a intervenir.

—¿No pueden evitarle esa cosa horrible? Yo mismo puedo hacerlo. Le conozco bien.

—También yo le conozco. Sin embargo, ha de ser su hija quien lo haga.

—¿Puedo acompañar a la señorita?

—Si ella lo desea... ¿Quién ha dicho que es usted?

—Shelter, Archibald Shelter.

—¿Tiene papeles?

—Desde luego. ¿Quiere verlos?

—Lo haré después; gracias—se volvió de nuevo a Annette Duxley—.

¿Entonces...?

—Sí... sí... Vamos, teniente.

Salieron todos. La joven iba prácticamente desmayada. El golpe había sido terrible.

En el coche de la Policía tardaron poco en llegar. Durante el camino, respetando el silencio de la muchacha, ninguno de los hombres habló tampoco.

—Espérennos aquí.

El teniente Forrestier se refería a Shelter y al otro policía. Annette Duxley y Forrestier pasaron dentro.

—¿Algo sospechoso en este accidente?—quiso saber Shelter, ofreciendo un cigarrillo a su interlocutor.

—Todo. Estamos convencidos de que lo han matado. El forense ha sido tajante. Alguien le partió el cuello antes de que el automóvil le pasara por encima.

Shelter quedóse pensativo.

—¿Han investigado ya en «El Paraíso»?

—Sí; aunque bastante someramente. Urgía que la señorita Duxley...

Esta regresaba de nuevo, sostenida amablemente por Forrestier. Por sus mejillas lívidas se deslizaban mansas lágrimas.

—Ha sido usted muy valiente, señorita... La devolveremos a su casa...

—No, gracias... Volveré andando. ¡Ha sido todo tan horrible...!

—Si me lo permite, yo la acompañaré.

Aceptó ella el ofrecimiento de Shelter con un simple movimiento de cabeza. Comenzaron a andar por la acera, bastante animada a aquella hora.

—¿Le han dicho... que... que puede tratarse de un... asesinato, señorita Duxley?

La joven accionó la cabeza de nuevo, en sentido afirmativo. El prosiguió:

—En ese caso, tal vez sospeche usted de mí... Su padre y yo nos peleamos por aquella partida de póker.

—No; usted no ha sido. Estoy convencida de ello... Alguien tenía mayores motivos para hacerlo. Papá había descubierto algo. Algo muy importante.

—¿Qué pudo ser para que lo hayan quitado de en medio?

—Lo ignoro. Esta mañana, durante el desayuno, le encontré muy alterado. Quise saber lo que le pasaba y se negó a hablar. Dijo que podía resultar peligroso para mí conocer lo que él conocía. Había estado dudando si avisar a la Policía y al final se decidió. Iba hacia allá cuando le mataron.

—Pensemos con lógica y realismo, señorita. «El Paraíso» no tiene como tal, más que el nombre. Allí se juega, se bebe, se engaña... Su padre no ignoraba nada de esto, y lo aprobaba, puesto que vivía de ese negocio. ¿Qué pudo obligarle a dar un paso tan radical?

La joven no respondió. Ambos anduvieron unos segundos, meditando. Al cabo, ella se detuvo y puso una mano trémula sobre el brazo de su acompañante.

—Pudo ser... estupefacientes. Cocaína, morfina... o algo por el estilo. Pero el caso es que... que habló de patriotismo. Aseguró que debía hacerlo... por... por el bien de la nación.

—Los estupefacientes son una plaga nacional. Degradan y embrutecen. Pudo referirse a eso.

Ella negó con la cabeza. En seguida añadió:

—No... Se trataba de algo mucho más grave... ¿Cree usted posible que fuera... espionaje?

—¿Espionaje en Reno? Nunca se me hubiera ocurrido pensar en semejante cosa. Sin embargo, ahora que usted lo dice...

Annette Duxley quedóse de pronto rígida. Por primera vez pareció caer en la cuenta de que estaba hablando con un hombre prácticamente desconocido, un hombre escasamente recomendable, a juzgar por lo poco que sabía de él.

—Quisiera volver a casa, Shelter. Gracias por todo. Por esto y también por lo de Bert Clark. Adiós.

—No intente librarse de mí todavía. Realmente es un placer acompañarla.

—Lo siento. Prefiero volver sola. Usted y yo ya hemos hablado bastante.

El tono de la joven se habla tornado seco de improviso. Hizo intención de detener un coche, pero él no se lo permitió. Desde el mismo bolsillo de la americana puso el cañón de su pistola contra el cuerpo de la mujer.

—No, ese no. Irá mejor en aquel otro.

—Pero es que yo... yo...

—Haga lo que la digo. Sabe usted demasiadas cosas y eso es peligroso. Extremadamente peligroso, señorita.

Annette Duxley quedó muda de asombro y de terror. Aunque hubiera querido, no habría sido capaz de gritar. A una indicación de Shelter, el coche al que éste se había referido se detuvo junto a ellos suavemente.

—Suba, señorita.

Como ella dudara, Archibald Shelter la empujó dentro y cerró la portezuela. El vehículo, de alquiler, llevaba dentro ya otro pasajero. A éste se dirigió Shelter cuando dijo:

—Ya sabes dónde has de llevarla, Hubfeard.

VIII

APENAS el automóvil torció por la primera esquina, Archibald Shelter entró en un bar y comió unos emparedados, acompañados por sendas botellas de cerveza. Después fumó un cigarrillo y salió a la calle de nuevo. Durante un par de minutos dudó sobre qué dirección tomar. Al cabo, llamó a un taxi y dio las señas de «El Paraíso».

Entró por la puerta de atrás y encontró a Marcory en el despacho. Aun antes de pasar, ya sabía que estaba allí, por el fuerte perfume que exhalaba. Con él se encontraban Bert Clark, Morton y otros tres gorilas, conocidos todos ellos por Shelter.

—¿Sabes lo de Duxley?—indagó el dueño de «El Paraíso», nada más ver al joven—. ¡Ha sido una enorme desgracia!

—Sí... Estaba con su hija cuando los pies planos se presentaron en la casa.

—Aquí vinieron también. Simple trámite, dijeron, pues estaban convencidos de que había sido un accidente. El pobre iba distraído y un coche lo atropelló, dándose a la fuga. Eso pasa a menudo. Lamentable... ¿Cómo lo ha encajado Annette?

—Ha sido terrible para ella. Tuvo que ir al depósito, a identificar el cadáver. Yo la acompañé. Luego decidió volver a casa, sola. La puse en un taxi y se marchó. Está destrozada.

—Comprensible. Quería mucho a su padre. Tanto como nos odiaba a nosotros y a todo lo que «El Paraíso» significa. Precisamente, Duxley y yo habíamos llegado a un acuerdo sobre su parte en el local. ¿Crees que debo hablarle de esto a Annette ahora, o dejarlo para más adelante?

—Déjalo para más adelante.

—¡Pregúntale qué rayos fue a hacer en aquella casa, precisamente hoy!—intervino Bert Clark de pronto, muy excitado.

Shelter sentóse en una esquina de la mesa, encendió un cigarrillo y miró a los cinco tipos alternativamente.

—¿Qué demonios pasa aquí? Os encuentro recelosos. ¿Por qué había de preguntarme eso, Bert? En mis horas libres, creo yo, puedo hacer lo que se me antoje sin que nadie tenga derecho a fiscalizar mis actos.

—De todos modos... —insinuó Marcory, con su acostumbrada peligrosa suavidad—, mejor es que te expliques.

—Fui allí por una razón bien sencilla. Una muchacha encantadora me abofeteó cierta noche e hizo que dos sujetos, a quienes previamente había contratado, me vapuleasen de lo lindo. No supe explicarme el por qué de todo

aquello hasta que Duxley me habló de su hija. Entonces se me ocurrió pensar que, como yo había pegado a su padre, ella... Decidí cerciorarme personalmente...

—¿Y qué pasó? ¿Era la misma chica?

—Ni más ni menos. ¿Y sabéis a quién me encontré allí? Pues a Bert, a nuestro dilecto Bert Clark. Tuve que darle una lección para que aprenda a tratar a las señoritas.

Marcory se volvió a Bert Clark con una sonrisa.

—Con que era eso, ¿eh? Vamos, daos las manos y se acabó. No quiero rencillas entre nosotros, precisamente ahora.

Bert Clark hizo caso omiso de la indicación de Marcory. Por su parte, Shelter, indagó:

—Por dos veces se ha pronunciado aquí, en pocos minutos, una palabra que no ha dejado de llamarme la atención. Bert y tú, Marcory, habéis dicho, precisamente hoy, precisamente ahora. ¿Por qué precisamente? Vais a hacer algo sin mi ayuda... Seguro. Seguí sin confiar en mí.

—De eso trataremos más tarde, Shelter. Quizá también tú tengas que intervenir. Pero antes debéis olvidar vuestras rencillas. Estoy esperando, Bert.

Clark revolvióse airadamente contra Marcory.

—¡Tú puedes decir y hacer lo que quieras! Yo no consentiré que nadie trate de birlarme a Annette. No perdonaré al que lo intente.

—Por favor, Bert. Sabemos de sobra que Annette no te hace ningún caso. Ni a la fuerza conseguirías nada de ella.

—Así y todo, nunca seré tan complaciente como ciertas personas. Yo también sé que tú y Stella os entendéis. Sin embargo, consientes que este tipo le haga el amor.

En el estado en que Bert Clark se encontraba hubiese dicho muchas más impertinencias, pero le fue imposible. Marcory, de pronto, le amagó un golpe al hígado y, cuando se encogió, las dos manos entrelazadas del dueño de «El Paraíso» cayeron sobre su cogote, derribándole en tierra con un bufido.

—¡Ya hemos discutido bastante por hoy! ¡Lleváoslo de aquí...o le mato!

Morton y los otros gorilas se apresuraron a obedecer y arrastraron a Bert Clark fuera del despacho. Shelter se dispuso a marchar, pero Marcory le detuvo.

—Bert tiene razón en lo que dice, aunque debió morderse la lengua y enjuagarse la boca con lejía. Ahora soy yo quien te hace una advertencia: si vuelvo a verte cambiar una sola palabra con Stella, haré que te muelan las costillas.

—¿Como a ella la moliste tú? ¡Vamos, jefe, te creí más inteligente! ¿Todavía no te has dado cuenta de que ella se muere por ti?

Salió sin esperar la posible reacción de Marcory y se dirigió a la calle, andando de prisa y abstraídamente.

Cerca ya del hotel, un coche se puso a su altura y una cabeza pelirroja asomó por la ventanilla. El coche era el de Marcory, y la pelirroja, Stella

Dixon.

—¡Eh, Archie! ¿Puedes subir un momento? Olvidas lo de anoche. He de hablar contigo de algo muy importante.

Shelter se acomodó en el vehículo inmediatamente y Stella Dixon aumentó la velocidad.

—Te he llamado varias veces por teléfono y siempre he recibido la misma respuesta. No te encontrabas en tu habitación. ¿Dónde has estado? ¡Oh, Dios mío! No puedes imaginar el infierno que ha sido para mí estas últimas horas.

—¿Por qué motivo?

—Primero, por lo que te dije en mi habitación de «El Paraíso». Luego... Mis palabras, mi actitud, todo, fue fingido. Yo no quiero a Marcory. Quizá le dejé entrever cierta simpatía antes de que tú aparecieras. Después, cuando te conocí, me di cuenta de lo que es realmente querer a un hombre. Sin embargo, anoche, al pasar lo que pasó, tuve miedo por ti. De ahí mis palabras. No quería que pidieras explicaciones a Marcory. Hubiera... hubiera sido capaz de matarte.

Archibald Shelter la dejaba hablar sin hacer ningún comentario. Su rostro era una máscara que no denotaba la menor emoción.

—¡Tienes que creerme, Archie...! De otro modo, me sentiré muy desgraciada. No sé cómo pudiste admitir mis palabras. Nunca querré a un hombre que, como Marcory, emplea medios de persuasión tan bárbaros. Aún tengo docenas de cardenales en el cuerpo y los huesos molidos. He pensado incluso abandonar mi trabajo... si tú lo deseas.

—Es difícil volver a empezar, querida. Mi desengaño fue terriblemente doloroso.

La mujer detuvo el coche y se volvió a mirarle. No había notado, al parecer, el tono de ironía empleado por Shelter.

—Esto no es todo lo que deseaba decirte, Archie. Hay algo más. Tengo la impresión de haber conseguido una pista para encontrar a mi marido.

—¿Vivo... o muerto?

—Muerto, desde luego. La idea me la ha sugerido el accidente de James Duxley. Pensé lo que hubiera pasado si nuestro amigo no hubiera llevado encima su documentación. La identificación habría sido ardua. Máxime si, por ejemplo, el coche le hubiera aplastado el rostro.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—A esto, Archie... Echa un vistazo a todos estos periódicos. Te dije que... que Lavelan desapareció en mayo. El día 26 fue el último que trabajó en «El Paraíso». Pues bien... Aquí tienes, en la sección de sucesos, un accidente que ha llamado la atención. Un hombre atropellado y muerto por un automóvil. Nadie le identificó ni reclamó su cadáver. ¿Por qué... por qué no puede ser él?

Shelter miró a su interlocutora. Después cogió los periódicos y examinó, durante algunos minutos, sólo los titulares. Ella le dejó hacer anhelantemente.

—La idea no es mala, Stella—contestó él al fin—. No obstante, no resultará fácil conseguir una exhumación. Porque se trata de eso, ¿verdad?

—Sí. He de tener la completa seguridad de que no estoy equivocada. ¿A quién debo dirigirme?

—Nos dirigiremos a la Policía. Yo iré contigo. Ellos nos aconsejarán debidamente.

Stella Dixon le puso una mano sobre el brazo y levantó hasta él sus bellas pupilas.

—¿Cómo podré pagarte cuanto estás haciendo por mí, Archie?

—Dejemos eso ahora, querida. Hoy he conocido, con motivo de lo de Duxley, al teniente Forrestier. Le haremos una visita.

Forrestier no estaba en su despacho de jefatura, pero les indicaron dónde podrían encontrarle. Un par de manzanas más abajo existió una bolera, donde el teniente solía pasar la mayor parte de su tiempo franco de servicio.

Cuando Shelter y su acompañante entraron en el local. Forrestier se dirigía al mostrador del pequeño bar, limpiándose el sudor del rostro. Debido al esfuerzo del juego, sus facciones estaban más coloradas que nunca.

—¡Hola, teniente! ¿Se acuerda usted de mí?

—¡Oh, sí, desde luego! ¿Cómo está, Shelter? ¿Viene por lo de Duxley?

—Por lo de Duxley, no, teniente... La... la señora Dixon desea hablar con usted de un asunto muy parecido.

—Acompáñenme. Estaremos mejor allí.

Los condujo a una especie de reservado y se sentaron en sendas sillas tan modernas como incómodas. Un camarero recogió el pedido y se dispuso a servirles.

—Ustedes dirán lo que desean, Shelter.

—Se trata de esto, teniente. ¿Sabe usted algo sobre el particular?

Recogió el policía de manos de Archibald Shelter los periódicos que se referían al asunto del otro atropello automovilístico y los echó una mirada aburrida.

—Yo no investigué este caso, pero lo conozco bastante bien.

—¿Hubo, pues, investigación?

—Efectivamente. Fue un accidente un tanto sospechoso. No sólo porque el automóvil se dio a la fuga, sino por otras circunstancias. El hombre aquel pudo ser asesinado.

—¿No consiguieron localizar al vehículo?

—Le seguimos la pista hasta Los Angeles. Allí le perdimos definitivamente. ¿Pero a qué se debe su interés?

—La señora Dixon hace unos meses que anda por aquí, buscando a su marido. Este desapareció alrededor de la fecha en que ocurrió el atropello. ¿No habría posibilidad de una exhumación para intentar identificarlo?

El teniente Forrestier quedóse unos momentos pensativo. El camarero llegó con la bebida y se marchó al instante. Cada cual cogió su vaso y sorbió un poco de licor.

—Si me lo permiten, veré cómo está todo eso. ¿Qué les parece si me hacen una visita mañana por la mañana, en jefatura?

—Ha sido usted muy amable, teniente—dijo Stella Dixon con una sonrisa.

—No tiene importancia, señora.

Se levantó el policía y dejó un billete sobre la mesa.

—¿Se quedan ustedes? Yo he de marcharme. Recuerden, mañana, a primera hora, les espero. Buenas tardes.

—Gracias, teniente. No lo olvidaremos.

Se alejó y Archibald Shelter lanzó un suspiro.

—Hecho, Stella. ¿Ves qué sencillo? ¿Satisfecha?

—Mucho. Y todo habré de agradecértelo a ti ¿Cómo podré pagarte? Fue horrible mi actitud de anoche. Pero estaba aterrorizada. Marcory hubiera sido capaz de matarte.

—Ya me lo has dicho antes.

—¡No me cansaré de repetirlo! Para que me comprendas, Archie. Yo te quiero mucho. Me enamoré de ti nada más verte. ¡Es... es como si nos hubiésemos conocido toda la vida!

Le agarró por los hombros y le ofreció los tentadores labios.

—No, querida... Aquí no... Mira... ahí llega el camarero.

Recogió éste el dinero y el servicio y volvió a marcharse. La ocasión, para Stella Dixon había pasado.

—Salgamos, Stella. Pasaremos unos momentos por mi hotel, antes de ir a «El Paraíso».

Stella Dixon acogió la idea con patente frialdad, Se puso en pie y se dirigió hacia la salida. Shelter la siguió.

—Eso no es posible, Archie. No ignoras lo peligroso que puede resultar. Marcory está terriblemente celoso. Puede que vigile tu hotel. Nos mataría.

Una enigmática sonrisa entreabrió los labios de Shelter, pero no replicó. Limitóse a acompañarla hasta el coche y a acomodarse a su lado.

—Te dejaré donde digas, Archie. Ya nos veremos en mejor ocasión.

Puso ella el vehículo en marcha y pareció centrar toda su atención en conducir lo mejor posible en medio del enorme tránsito rodado.

—No, Stella... No sigas fingiendo. En realidad soy hombre que sabe perder. Lo que me dijiste anoche era cierto. Tú quieres a Marcory y él te quiere a ti. Yo seguiré siendo un buen amigo tuyo, tu mejor amigo, pero, por favor, dejemos este juego. Tú misma reconoces lo extremadamente peligroso que es. Además, esto me perjudica en todo.

—Tienes razón, Archie. En todo. Desde el primer momento traté de servirme de ti para dar celos a Marcory. Él y yo... bueno... nos queremos, pero, en los últimos tiempos, se mostraba frío conmigo. Aproveché tu llegada y que él me pidió que fuera amable contigo, para simular que me gustabas. El reaccionó como yo suponía. Ahora sólo falta que la muerte de Lavelan sea comprobada. Podré casarme con Marcory y mi felicidad será completa.

—Lo será, Stella. Si el teniente consigue ese permiso para la exhumación, todo hecho. Estoy seguro de que ese cadáver sin identificar es el de tu marido.

—Yo también. Tengo esta corazonada desde hace mucho tiempo y mis

corazonadas nunca me han fallado. Espero que no me guardes rencor.

—En absoluto. Ya te dije una vez que yo amo y olvido con igual facilidad.

Detuvo ella el coche, le echó los brazos al cuello y luego le besó en los labios fuertemente.

—Pese a todo, querido, creo que eres el hombre más maravilloso que he conocido. Lástima que hayas llegado tarde.

Archibald Shelter se liberó del brazo femenino y se limpió la boca con asco. Inmediatamente, levantó la mano y la dejó caer con fuerza contra el radiante rostro de la mujer.

—¡Víbora! ¡Eres una bella y sucia víbora!

Shelter saltó a tierra y cerró la portezuela de golpe. Stella Dixon no pareció enfadarse por el bofetón. Sonrió casi halagada y miró un par de minutos al joven mientras éste se alejaba entre los transeúntes que casi llenaban las aceras, bajo las multicolores luces de neón. En seguida puso el coche en marcha y le siguió hasta el hotel. Antes de que hubiera traspuesto el umbral, le cogió por un brazo y le condujo a un pasaje próximo.

—Lo que has hecho necesita una explicación, Archie.

—¿No lo has comprendido, nena? Estoy cansado de que te burles de mí. Marcory o tú, quizá los dos, de mutuo acuerdo liquidasteis a tu marido. En principio pensasteis que era mejor retirar del cadáver cuanto pudiera facilitar su identificación. Más tarde, tú concebiste la idea de legalizar tu situación con Marcory y no se te ocurre otra cosa que intentar la exhumación del cadáver. Sin embargo, a Marcory no le ya a gustar. La Policía puede resucitar el caso. Mejor es que lo dejes así, nena...

La mujer se había quedado lívida.

—¿Có... cómo puedes pensar eso de mí?

—¿No es cierto quizá?

—No, no lo es... Yo no maté a Lavelan... ni Marcory tampoco... No había necesidad de matarlo. Aquí, en Reno, existe el divorcio. Por un motivo nimio, a veces sin motivo, puedes divorciarte. Es uno de los negocios más saneados de Nevada, junto con el juego y demás cosas sucias. Fue realmente un accidente, te lo juro. Yo sé que lo fue.

—Tal vez esté equivocado, muñeca. Pero es muy extraño que Lavelan no llevara encima, al ser atropellado, nada que pudiera identificarle. Si hubiera sido un simple accidente, lo normal es que tuviera su documentación. Ya has oído al teniente. Sus colegas investigaron el asunto, porque les pareció sospechoso. Y siguieron la pista del coche causante del atropello hasta Los Angeles.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Echó a correr, subió al automóvil de Marcory y lo puso en marcha, antes de que Archibald Shelter pudiera impedirlo.

IX

SHELTER vaciló sólo un segundo. Enseguida hizo señas a un taxi y se metió dentro. Se trataba del mismo donde unas cuantas horas antes había puesto a Annette Duxley.

—¿Qué tal la muchacha, Joe?

—Perfectamente. Hubbard está con ella. ¿Dónde quieres que te lleve?

—A «El Paraíso». Temo que se cometa un asesinato. Además, están a punto de ocurrir grandes acontecimientos. Marcory me ha sugerido la posibilidad de un trabajo extra.

—¿Qué hay de Arnold Patrick?

—No me he atrevido a indagar más a fondo. En cuanto a mí, no es preciso que me vigiléis tan encima. Marcory y los suyos son diabólicamente listos.

—Hubbard decidió no perderte de vista cuando recibió tu informe.

—¿Se sabe algo del verdadero Archibald Shelter?

—Sígue su crucero por Europa, sin novedad.

El vehículo frenó bruscamente ante «El Paraíso». El joven fingió abonar la carrera y musitó:

—Cuidad bien de Annette.

—¿Por qué se te ocurrió largárnosla?

—A su padre lo mataron porque descubrió algo. Ella sabía demasiado y por eso estaba en peligro. Tuve que obrar así, para evitarla contratiempos. Claro que a lo mejor, al final, es tan culpable de todo como el que más. No se puede fiar en nadie. Estoy rodeado de asesinos, contrabandistas... y espías.

—Lo sé, Tommy.

Pasó éste dentro y echó una rápida ojeada al local. Stella Dixon no estaba allí, pero sí la encantadora Lucy Dorayne. Iba a cruzar la sala en dirección al pasillo que conducía a las habitaciones del piso alto, cuando ella le vio y fue hacia él.

—¡Eh, oiga, amigo! ¿Se ha olvidado de mí?

—Imposible, encanto. Te tengo bien presente en mi memoria.

—Sin embargo, hace por lo menos veinte largas horas que no nos vemos, Archie.

—Tuve el día muy ocupado, querida. Perdóname...

Thomas Finch, el agente especial Thomas Finch, estaba muy en su papel del ex presidiario Archibald Shelter. Sabía que su misión era altamente arriesgada e importante y había puesto todo su empeño en salir adelante. Lo difícil era saber, todavía a aquellas alturas, si iba a conseguirlo.

El caso era que, desde unos seis u ocho meses atrás, Washington

sospechaba que en Reno operaba una cuadrilla de espías al servicio de una potencia extranjera. El inspector Arnold Patrick, con algunos años de antigüedad en el F.B.I., fue encargado de las, primeras indagaciones. Mandó algunos informes de escasa importancia, y un buen día desapareció. Nadie podía asegurar si había caído en poder de los forajidos o se trataba simplemente de una deserción. Todo hombre tiene su precio y quizá el propio inspector Patrick había sido comprado.

Para descubrir esto y desenmascarar a los culpables, los mandamases del F.B.I. designaron a Thomas Finch, joven agente sin historia recientemente salido de la Academia. Pensaban que, así, se corría menos riesgo de que alguien le reconociera. Una vez elegido le hicieron trasladarse a San Francisco, desde aquí a Los Angeles y desde Los Angeles a Reno, ya bajo la responsabilidad de un verdadero delincuente cuyos antecedentes, poco más o menos, eran como los que él había contado a Marcory. Un presidiario al que, en efecto, el propio inspector Patrick había encerrado, y el cual al ponérsele en libertad, había emprendido un largo viaje de placer por Europa...

Hasta el momento, todo marchaba. El plan consistió en, una vez en Reno, exhibir la fotografía del inspector Patrick en cuantos lugares se suponía que había estado éste. Si alguien le conocía como miembro del F.B.I., probablemente intentaría saber los motivos por los cuales el falso Archibald Shelter le buscaba.

Así había sucedido. Marcory y los suyos pusieron tanto empeño en sonsacarle, que a Thomas Finch no le cupo duda de que se encontraba sobre la verdadera pista. Nadie debía intervenir, ni siquiera acercarse a él, mientras él no lo pidiera. Sin embargo, Hubbard, al recibir el primer y único informe, creyó llegado el momento de hacer algo y puso tras el joven a Joe Cardiff, otro agente, disfrazado de taxista.

—¿Que te perdone, dices? Vamos, encanto... Eres el hombre más delicioso que he conocido. Tomemos unas copas, y todo olvidado.

—He de presentarme a Marcory.

Cruzó el umbral y ascendió por las escaleras. Antes de llegar a la habitación de Stella Dixon, Marcory se hizo visible, saliendo de la suya.

—¿Qué hay, Shelter? ¿Buscas a alguien?

—Stella Dixon... ha pedido mi ayuda para algo relacionado con su esposo.

¿Tú sabes que estuvo casada?

—Pues claro, muchacho. Ella me contó la causa de su venida a Reno.

—Al parecer tiene una Pista de Lavelan. Bueno... la cree tener. Un extraño accidente de automóvil ocurrido a finales de mayo. Está decidida a pedir la exhumación del cadáver, todavía sin identificar.

—Ven a mí cuarto, Shelter.

Marcory parecía sentir una gran curiosidad. Thomas Finch le siguió y pasaron dentro de una elegante *suite* impregnada de perfumes caros, y amueblada lujosamente.

—Siéntate y hablemos claro, muchacho.

—No, gracias. Estoy bien así... Y tú, Marcory, no intentes pasarte de listo. Tenía la mano metida en el bolsillo de la americana y empuñaba su Rosco firmemente.

—Estoy esperando, Shelter.

—Escúchame, Marcory. Sé muchas más cosas de las que tú te figuras, referente a Stella, Lavelan y tú. Sé unas y otras me las imagino. Por ejemplo...

—Por ejemplo, ¿qué...?

—Que pudiera darse el caso de que tú Y Stella Dixon os conocierais desde antes de su llegada a Reno. Podías tú tener negocios con Lavelan en Frisco y visitar aquella ciudad a menudo. Pongamos que ella y tú os entendíais y él lo descubrió. O también que a ti te gustaba Stella y creíste conveniente, para su conquista, que Lavelan desapareciera. Lo trasladaste aquí, le diste un empleo en «El Paraíso» y luego te deshiciste de él por el procedimiento de simular un accidente de auto...

—Eres un tipo inteligente, Shelter. Tan inteligente que quizá no vivas mucho tiempo. Pero si vives, llegarás lejos.

—Y el caso es que pienso vivir. Vivir y que vivan las personas que me gustan. Y tú no lo ignoras, Stella es una de esas personas.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Haré un trato contigo. Callaré como un muerto y Stella no hará nada de lo que intentaba a cambio de...

—¿De qué?

—De una oportunidad para mí. No sé en qué estado de ánimo se encontrará ahora que sospecha quién asesinó a su marido. Quizá esté dispuesta a perdonarte, pero lo más seguro es que trate de largarse de tu lado. Déjala que se vaya. Yo la llevaré al aeropuerto y la embarcaré para donde sea. Pongamos a Méjico. Después, cuando Stella esté a salvo, me entregarás a mí cierta cantidad y yo iré a reunirme con ella.

—¿A salvo dices? ¿Piensas que...?

—Lo pienso, sí... Hace poco que nos conocemos, pero sé, por propia experiencia, los métodos empleados por los sujetos de tu calaña. Yo, en tu lugar, quizá hiciese lo mismo. Si una persona se pone engorrosa, se la elimina.

—Olvidas que la quiero, que todo lo hice por ella.

—La quieres, sí, pero amas más tu sucia piel. Ella está asustada. Puede resultar incómoda. Y tú...

—De acuerdo... Dejaré que Stella se vaya donde tú quieras. Cuanto más lejos de aquí, mejor. No la volveré a ver. Después queda lo del dinero... ¿Qué cantidad será precisa para que tú desaparezcas también?

—Poca cosa. Pongamos que... diez de los grandes.

—Tu proposición tiene un enorme inconveniente para mí, Shelter. ¿Quién me asegura que, una vez los dos en Méjico, no escribáis a la *bofia* contándoles vuestras sospechas?

—Ni ella ni yo somos de esa clase. Además, tendrás que arriesgarte.

—Me arriesgaré.

—Mañana por la mañana sale un avión. Hasta entonces, Stella seguirá aquí. Si le sucede el menor contratiempo, te perjudicarás...

—Soy hombre de palabra.

Thomas Finch abandonó el piso de arriba y se mezcló entre la gente que llenaba la sala. Lucy Dorayne seguía encaramada en un alto taburete del mostrador del bar y le hizo señas alegremente para que se acercara. Cuando estuvo junto a ella, le cogió del brazo y se apretujó contra él.

—¿Qué va a tomar mi valeroso salvador?

—Un *whisky* con soda.

—¿Me acompañarás esta noche a casa? Si lo haces prometo ser muy cariñosa contigo.

—Promesas, pero llegado el momento, nada.

—¿Nada de veras? ¿Qué demonios esperas de mí? Te beso y me besas, ¿qué quieres, si ni siquiera eres mi novio?

Lucy Dorayne estaba de excelente humor, todo lo contrario que el agente especial. Sin embargo, éste veíase obligado a disimular continuamente. Sabía lo que quería y conocía el modo de conseguirlo. Debía estar atento y no dejarse sorprender por nada ni por nadie. El mismo sería el autor de su triunfo o de su fracaso.

Pasado un rato, Stella Dixon se les unió.

—¡Hola!

—¡Hola!

Lucy Dorayne y la otra mujer se saludaron con frialdad de hielo. El joven las miró especulativamente.

—Vamos, Lucy, trata a mí amiga con un poco más de simpatía. Es la última noche que pasa en Reno. Mañana, según creo, emprenderá un largo viaje.

—¿Y no volveré a verla nunca más por aquí?

—Es muy posible.

—En ese caso, bebamos, muchacha.

—En verdad, me encuentro a gusto con Archie.

—¿Sabes lo que Stella piensa de ti, Lucy? Dice que nuestro encuentro fue provocado por tí, que lo de tus asaltantes de aquella noche fue una comedia... para cazarme en tus redes.

Thomas Finch habló como al desgaire, pero sus ojos no se separaron en ningún instante del bellísimo rostro de Lucy Dorayne. Por una fracción de segundo, notó cierta crispación en sus agradables rasgos. En seguida pasó todo y ella sonrió, con el vaso en la mano.

—Puede que tengas razón —contestó al fin, con voz segura—. ¿Pero por qué motivo?

—Stella piensa que eres una especie de Landrú femenino, una devoradora de hombres, y quiso prevenirme.

Las dos mujeres se miraron en un reto.

—¿Y no lo es, quizá?—preguntó la pelirroja.

Lucy Dorayne no tuvo tiempo de responder. Morton se presentó ante ellos, lívido, y preguntó si había visto a Bert Clark.

—No. ¿Qué sucede?

—Se trata de... de Marcory... Se ha... se ha pegado un tiro.

Habló en voz baja y concentrada. Stella Dixon ahogó un grito y Lucy Dorayne saltó de su asiento inmediatamente. Ambas se mostraron extrañamente excitadas, pero Lucy Dorayne se repuso muy pronto.

—Perdonadme...

El agente especial atravesó la sala presuroso y volvió a subir al segundo piso. La puerta de las habitaciones de Marcory estaba abierta y la luz se derramaba sobre el pasillo.

El dueño de «El Paraíso» yacía sentado en el mismo sillón donde Thomas Finch le había dejado. Tenía una pistola en la mano derecha y la cabeza, destrozada por el proyectil, caía hacia atrás.

Apenas tuvo tiempo de examinar someramente la estancia primero que Bert Clark y Morton aparecieran. Verdaderamente, todo aquello respiraba una clara apariencia de suicidio. Sin embargo, el agente del F.B.I desconfió de aquellas apariencias. Intuía que Marcory no se había quitado la vida.

—¿Habéis llamado a los pies planos?—indagó, dirigiéndose a Morton.

—Cuando tengas que hacer una pregunta, recuerda que muerto Marcory, yo soy tu superior. Al jefe le gustará saber...

—¿Es que hay otro mandamás...? Yo creí que...

—¡Cierra el pico, marrano! Sé que tú fuiste una de las últimas personas que hablaron con Marcory. Tendrás que responder a muchas cosas. Entre ellas, qué hiciste de Annette. Aseguraste que la pusiste en un coche para que regresara a casa, pero nunca llegó a ella.

—¿No le habrá sucedido lo que a su padre? Tengo entendido que en Reno estos *accidentes* son muy frecuentes.

—No quieras pasarte de listo, o te pesará.

Llegaron Hubbard y el teniente Forrestier. También un hombre pequeño y vivaracho, que resultó ser el forense. Examinó éste el cadáver, mientras aquellos registraban las habitaciones.

—¿Quién encontró el fiambre? —interrogó Hubbard.

—Yo, señor—dijo servilmente Morton.

—¿Tocó usted algo?

—Nada.

—¿Y ustedes?

—Nada tampoco, señor —dijo Thomas Finch—. Yo estaba aquí cuando mi compañero Bert Clark llegó.

—Bien... Parece un claro caso de suicidio.

Entraron dos camilleros y se llevaron el cuerpo sin vida de Marcory. Dentro de poco, aquel tipo tan elegante y perfumado dejaría de oler bien.

Los policías y el forense se fueron a su vez. Bert Clark lanzó un suspiro de

alivio.

—He de ir a conformar a... Vosotros quedaros abajo.

Salió apresuradamente y Morton le acompañó. El agente especial no se molestó en seguirles. Sabía ya cuanto tenía que saber respecto a la identidad del tipo al que Clark había Mamado jefe, respecto al sujeto que actuaba en la sombra y que estaba por encima de Marcory. En aquel momento, además, tenía otra cosa más urgente que hacer.

Apagó la luz y se dirigió al cuarto de Stella Dixon. La encontró sentada sobre la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo y los ojos secos y muy brillantes. Al verle entrar, le miró con dureza mal reprimida.

—¿No acostumbras a llamar a las puertas de las damas?

—Si son como tú, no. Hace poco te llamé víbora y no me equivoqué. ¿Por qué tuviste que matarle? Él te adoraba.

—Yo te quería a ti. Me contó lo que te proponías y me dijo que estaba dispuesto a todo con tal de que yo no le abandonase. Si mató a mi marido fue por mí y ahora estaba dispuesto a volver a matar para no perderme. Tú serías la próxima víctima, Archie.

—¿De veras pensaba matarme?

—Claro que sí. Por eso yo... ¡Oh, qué horrible pesadilla!

Se puso en pie y cayó en los brazos del agente especial. Este la acarició el cabello.

—Sí, demasiado horrible. Tendrás que dejar todo esto y venirte conmigo. No estás muy segura aquí... Bert Clark sospecha algo y ha prometido vengarse. Lo hará si no nos damos prisa.

Sin que ella tuviese ocasión de oponerse, el falso Archibald Shelter abrió los armarios, cogió una maleta y metió en ella unas cuantas prendas femeninas.

—Sólo te llevarás lo indispensable. No hay tiempo que perder.

—Pe... pero... es que yo...

—Tú harás lo que yo te diga.

La sacó por la puerta excusada y se dirigieron hacia una de las avenidas principales. El taxi conducido por Joe Cardiff se hallaba apostado en la esquina, a la vista de «El Paraíso», con la bandera bajada. Así prevenía el riesgo de que alguien intentara alquilarlo. Dentro se encontraba, otra vez, Hubbard.

—Sube, muñeca...

La mujer, al ver a Hubbard, quiso retroceder, pero ya era tarde. El propio Thomas Finch la empujó adentro, sin el menor miramiento.

—Acaba de confesarme que asesinó a Marcory. También se la podrá empapelar por la muerte de su marido, un tal Lavelan Dixon. Ella lo mató, hace unos meses, simulando un accidente. Por un momento creí que el causante del accidente había sido Marcory. Hablé con él y le dije lo que pensaba. El fingió que yo estaba en lo cierto y debió llamarla a ella. Esta perla de mujer tuvo miedo de que hablara, y lo liquidó. Una forma expeditiva de

hacer que la gente mantenga la boca cerrada. Llévala.

—¿Qué hay de lo otro?

—Espero acontecimientos no fardando. Extremad la vigilancia, pero con cuidado. Se trata de criminales muy astutos y peligrosos.

Antes de que el coche arrancara, Stella le escupió en el rostro.

—¡Maldito seas, Archie... o como te llames!

El vehículo marchó y Thomas Finch deslizóse de nuevo hacia «El Paraíso», por la puerta excusada. Nadie le había visto salir, ni tampoco le vieron entrar. Poco después, siempre en su papel de Archibald Shelter, charlaba animada y despreocupadamente con Lucy Dorayne.

X

EL padre desea que le hagas un favor, Archie. ¿Quieres que pase a recogerte en mi coche? Se trata de ir al aeropuerto, a esperar a una persona.

—Con mucho gusto, encanto. Sabes que estoy siempre a tu disposición.

—Gracias, Archie.

Thomas Finch colgó el teléfono y se cambió de ropa rápidamente. La luz de los últimos rayos del sol se deshacía contra los cristales de la ventana.

Estaba abajo ya, en la puerta del hotel, cuando llegó el automóvil. Lucy Dorayne le hizo un alegre ademán con la mano.

—¡Hola! ¿Qué tal desde anoche?

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Dichoso de verte, dulzura.

Se acomodó junto a la conductora y la encontró más bonita que nunca en aquel tibio atardecer.

—¿Cómo te arreglas para estar cada día más hermosa?

—¿Y tú para ser siempre tan galante?

—Cuestión de práctica, quizá.

Cruzaron las calles, siempre tan coloridas y animadas, y avanzaron luego por la autopista del aeropuerto.

—¿Quién es?

—¿El viajero a quien vamos a esperar? Un antiguo conocido de mi padre. Va de paso hacia Méjico y hará escala aquí. Lo tendremos en casa esta noche.

—¿Lo conoces tú?

—Le he visto un par de veces.

—¿Joven?

—¡Oh, no, viejísimo!

La broma de Lucy Dorayne se puso de manifiesto minutos más tarde. El hombre en cuestión no contaría arriba de los treinta y cinco años. Un centro americano o algo por el estilo, aunque hablaba el inglés correctamente. Llevaba una cartera de cuero en la mano y tenía aspecto de intelectual.

—¿Cómo está tu padre, Lucy? Tú, ya lo veo, como siempre de fascinadora.

—Le presento a mí amigo Archibald Shelter. El señor Carlos Méndez.

El tipo aquel sonrió y le tendió la mano. Inmediatamente subieron al coche, el cual avanzó hacia la ciudad a cincuenta millas por hora. Lucy Dorayne Seguía conduciendo.

No tuvieron que cruzar de nuevo las concurridas calles para llegar hasta la lujosa vivienda de los Dorayne. Se apearon dentro del garaje y ascendieron al cuerpo principal del edificio por una escalera de caracol, forjada en hierro niquelado.

—¿Dónde está ese buen hombre?—gritó Carlos Méndez, apenas

desembocaron en el vestíbulo—. Seguro que en la biblioteca.

Se dirigió hacia allí con los brazos abiertos, mientras que la muchacha y el falso Shelter se acercaban al pequeño y elegante bar.

¿Qué te apetece?

Whisky, como siempre.

Dentro de la biblioteca, cuya puerta había cerrado el dueño de la casa, después de las efusiones de rigor, se escuchaba ahogadamente una animada charla. Más que hablar parecían discutir. De pronto se hizo un silencio ominoso y Thomas Finch se puso tenso. Parecía como si un sexto sentido acabara de anunciarle la presencia de un inminente peligro.

—¿Mucho tiempo que no se veían?

—¿Quiénes, mi padre y el señor Méndez? Sí, mucho tiempo.

En aquel instante, las puertas de corredera se abrieron y el señor Dorayne se asomó.

—Perdone, Shelter. Mi hija estará con usted en seguida. ¿Quieres venir un segundo, Lucy?

Para matar el tiempo, Thomas Finch encendió un cigarrillo y se puso a mirar el líquido ambarino al trasluz del cristal. Hasta él siguieron llegando las voces ahogadas de los que hablaban en la biblioteca. Pero no pudo entender lo que decían.

—Te llama Bert Clark al teléfono, Shelter. ¿Quieres venir? Pregúntale cómo sabía que te encontrabas aquí.

El agente del F.B.I. dio un repulso al oír a Lucy Dorayne. Bajó de su asiento y se dispuso a seguirla.

—Shelter al habla. ¿Qué rayos ocurre, Bert?

—Necesito cambiar impresiones contigo. Llamé al hotel y me dijeron que habías salido con una señorita. Supuse qué señorita. ¿Puedes venir?

—¿De qué se trata?

—De «El Paraíso». Muerto Marcory y desaparecida Annette Duxley, no sé qué demonios hacer.

—Creo que debes abrir. Si la Policía no lo ha clausurado...

—De todos modos, ven en seguida.

Thomas Finch colgó el auricular y se volvió a Lucy Dorayne.

—He de regresar a «El Paraíso». Bert Clark reclama mi presencia. ¿Puedes prestarme tu coche, Lucy? Parece algo urgente.

—Yo misma te acompañaré.

—¿«El Paraíso» es algún club nocturno? —preguntó el sudamericano—. Me gustaría hacerle una visita. ¿Por qué no vamos todos con el señor Shelter?

—No es mala idea, Carlos.

—Esperad que me cambio de vestido.

Lucy Dorayne tardó en volver poco más de un cuarto de hora. En verdad, se había dado prisa, aunque no era nada extraño en una mujer que apenas necesitaba de afeites para mostrarse subyugante.

Bajaron al garaje y se acomodaron en el interior del automóvil. Lucy

Dorayne y el agente especial en la parte delantera y el señor Dorayne y su amigo en la posterior. Lucy conducía con seguridad. Carlos Méndez llevaba consigo, lo que no dejó de llamar la atención de Finch, la consabida cartera de cuero.

Caminaron por la amplia avenida, orlada de árboles y de chalets, durante varios minutos y entraron en la ciudad propiamente dicha. Los anuncios luminosos fosforecían en fachadas y marquesinas.

Bert Clark había hecho caso a la sugerencia telefónica de Finch y «El Paraíso» había abierto sus puertas a una numerosa y excitada clientela. Los recién llegados ocuparon una mesa del rincón más alejado de la entrada principal. Un camarero hizo ademán de coger la cartera de cuero, pero su propietario no se lo permitió y la puso en una silla, a su lado. Lucy Dorayne quedó en pie unos segundos, junto a Finch.

—Tráiganos una botella de champán—pidió Méndez—. ¿Te gusta el champán, Lucy?

—Por supuesto.

—Perdonen que me retire—dijo el agente especial—. Mi amigo me espera.

Se alejó hacia la puerta de acceso a los pasillos interiores. En el umbral le esperaba Morton.

—Bert se encuentra en el despacho de Marcory. Le veo un poco intranquilo. Quizá es demasiada responsabilidad para él. Debemos echarle una mano.

—Claro que sí. Para eso nos pagan. Porque supongo que nos pagarán, ¿no?

—Así creo.

Morton le acompañó hasta el despacho. Tras la mesa en que solía acomodarse el dueño de «El Paraíso», estaba en aquel momento, muy en su papel de director-gerente, el pelirrojo.

—¿Se sabe algo de Annette?—preguntó Finch.

—No. He dado parte a la Policía por su desaparición, pero como si nada. Parece habérsela tragado la tierra. ¿Es cierto que la pusiste en aquel taxi para que regresara a su casa?

—Certísimo.

Bert Clark aparentó dejarse convencer.

—El abogado de Marcory me ha hecho una visita. Hay un testamento y una heredera: Stella Dixon. A mí me nombra albacea. Ya sabía yo que ella y él...

—Reconozco tu inteligencia—ironizó Finch, al que el otro miró con suspicacia.

—Pero también ha desaparecido. ¿Qué ha podido pasar para que se largase sin ninguna explicación?

—Pudo sentir miedo de la Policía. Quizá no tenía la conciencia muy tranquila.

—Aquí suceden cosas extrañas, muy extrañas.

Se puso en pie y pareció dar por terminada la conversación.

—Vamos fuera. Hemos de vigilar un poco por allá. A Marcory le gustaba hacerlo.

Salieron a la sala y Thomas Finch fue llamado por Lucy Dorayne. Con cierta sorpresa, el joven agente especial percibió que Clark regresaba sobre sus pasos.

—Tómese una copa con nosotros —ofreció Méndez.

Thomas Finch, mientras se sentaba a la mesa, miró la cartera de cuero, que continuaba en una de las sillas. Bebieron durante cinco o diez minutos y al cabo el forastero decidió, dirigiéndose a Lucy y a su padre:

—Me gustaría conocer un poco más la ciudad ¿Qué os parece?

—Por mí, encantado, si Lucy no tiene inconveniente—admitió el señor Dorayne.

La chica se incorporó, imitada por los tres hombres, y se colgó, mimosa, del brazo del agente especial.

—¿Por qué no haces fiesta y te vienes con nosotros? Lo pasaríamos de rechupete. De otro modo—añadió, en voz muy baja—, temo que voy a aburrirme.

—Méndez es un tremendo hablador. Sabrá como retenerte.

El señor Dorayne y Carlos Méndez se acercaban, andando despacio. El joven notó en el ambiente cierta tensión. Miró a ambos interlocutores y se percató de que ninguno de ellos era portador de la cartera de cuero.

—¿No se olvida usted algo, Méndez?

—¡Dios mío! Tiene usted razón, muchacho.

¡Mi cartera!

—Yo iré por ella.

Se abrió Finch paso apresuradamente hasta la mesa que habían ocupado poco antes. La cartera estaba allí, sobre la silla. La recogió y regresó hacia donde los otros esperaban. Llevó su amabilidad hasta acompañarles a la calle y despedirse de ellos lamentando tener que quedarse.

—También yo lo siento, querido. Pero volveremos más tarde.

Se alejaron hacia el coche. Tomas Finch les siguió un segundo con la mirada. Luego alzó la mano e hizo un signo apenas perceptible.

El teniente Forrestier y varios de sus hombres brotaron, nadie supo de donde, y rodearon a los otros tres. Forrestier arrebató a Méndez la cartera de cuero bruscamente. El tipo saltó de costado, extrajo una pistola e intentó hacer fuego. El señor Dorayne le imitó, entre exclamaciones histéricas de su hija.

El teniente Forrestier y sus agentes se vieron obligados a disparar, para impedir que les otros se les adelantasen. Dorayne cayó hacia atrás, con la cabeza destrozada, mientras Méndez, herido en una pierna, consiguió apretar el gatillo.

Uno de los policías se derrumbó pesadamente. La mujer trató de huir, cruzando la calzada. Un coche lanzado a gran velocidad la derribó sobre el encintado, levemente conmocionada. Allí mismo, en el suelo, Forrestier se apresuró a colocarla unas bonitas pulseras de acero.

Pero esto ya no llegó a verlo Thomas Finch. Apenas iniciado el tiroteo, Hubbard se le reunió en la puerta de «El Paraíso», en compañía de Joe Cardiff, que todavía vestía de chófer.

—¡Vamos dentro!

Cruzaron el salón a la carrera y se dispusieron a entrar en los pasillos interiores. Algunos clientes del local se volvieron al verles avanzar, pero en seguida continuaron con sus cosas.

Al ir a trasponer el umbral, alguien disparó sobre ellos, desde la puerta del despacho. Se trataba de Morton. Bert Clark, entre tanto, con otra cartera de mano exactamente igual a la de Carlos Méndez, trataba de alcanzar la puerta excusada.

—Déjale, Tommy. No llegará muy lejos. Tenemos cercada toda la manzana.

Apenas había terminado de hablar, se escuchó el dramático tartamudeo de una metralleta. Clark, siempre protegido por la pistola de Morton, retrocedió hacia donde éste se encontraba y ambos mezclaron los estampidos de sus armas. Algunos proyectiles se incrustaron cerca de donde Finch, Hubbard y Cardiff les hacían frente.

Comprendiendo que por allí no les sería posible escapar, Clark y Morton retrocedieron de espaldas hasta las escaleras y comenzaron a subir por ellas, sin cesar de disparar.

Cardiff, alcanzado en pleno rostro, lanzó un gemido agónico y se desplomó. Antes de morir, tuvo tiempo todavía de tirar una vez más, consiguiendo atravesar el corazón de Morton. El forajido rebotó la media docena de escalones que había logrado ascender y quedó inmóvil sobre el linóleo. Berta Clark continuó subiendo y desapareció en el pasillo superior.

Hubbard se inclinó sobre Cardiff y le puso una mano sobre el corazón, comprobando con hondo pesar que no latía.

—Cuidado ahora, Hubbard. Quedan algunos gorilas más.

Avanzaron rápidamente. Salvadas las escaleras, descubrieron a Clark al fondo del pasillo, dispuesto a saltar por una ventana. Hubbard y Finch dispararon, sin alcanzarle. Se puso a caballo sobre el alféizar y disparó a su vez.

En aquel momento, una metralleta, desde la calle, repitió su mortífero «ratatá». Materialmente cosido a balazos, el forajido cayó en el pasillo, sin soltar la cartera ni la pistola.

Hubbard se acercó al cadáver y le quitó ambas cosas. Abrió la cartera y en su interior descubrieron varios fajos de billetes de a mil.

—¿Sabes lo que esto significa, Tommy?

—Sí. El precio de la traición. En la otra cartera, la que llevaba Méndez al salir, están los documentos. El truco era simple e ingenioso. Dos carteras iguales. Una, la de los billetes, la dejó Méndez olvidada en una silla. Antes de que yo volviera a recogerla, Bert Clark dio el cambiazó. Lo noté por una simple raspadura que ésta tiene y aquélla no. El dinero debía quedar aquí

mientras los papeles volaban hacia un lejano destino. ¿Por qué conducto llegaron estos papeles a poder de los traidores?

Regresaron despacio hacia las escaleras.

—Te asombrarás cuando lo sepas, Tommy. Por conducto de otro gran traidor. Un traidor por partida doble.

—¿El inspector Arnold Patrick?

—Exacto. El traje los documentos anoche mismo hasta Reno desde... Bueno, desde donde tú puedes suponerte, pues se trata de los últimos avances en materia de cohetes espaciales. Bert Clark le estaba esperando en cierto lugar y nosotros, que, gracias a tus informes, vigilábamos a este último, le detuvimos cuando se separaron, sin que Clark lo advirtiera. Ha confesado lealmente. Una mujer le envolvió en todo ello. ¿Supones qué mujer?

—Me lo figuro. Una gatita endemoniada que se llama Lucy Dorayne.

—¿Cómo llegaste a sospechar de ésta y de su padre?

Habían llegado al piso bajo. El cadáver de Toe Cardiff había sido retirado y el teniente Forrestier, con otro par de agentes, vigilaba a los restantes guardaespaldas de Marcory. El teniente dijo:

—Estos tipos no parecen tener idea de lo del espionaje. Sin duda se limitaban a servir a Marcory en lo concerniente a borrachos e individuos molestos. Lleváoslos.

Los agentes los condujeron esposados por la puerta trasera. Lentamente, Hubbard, Finch y Forrestier se dirigieron hacia la salida principal. Los estampidos habían llegado hasta la sala, que estaba prácticamente vacía. Se acomodaron en el taxi, que ya nunca más podría conducir Cardiff y emprendieron la marcha a relativa velocidad. El teniente Forrestier iba al volante.

—¿Cómo dices que llegaste a sospechar de Lucy Dorayne y de su padre? —insistió Hubbard.

—Otra mujer, Stella Dixon, me sugirió la idea de que el frustrado secuestro de Lucy pudo ser un simple truco para trabar conocimiento conmigo. Pensé en ello y llegué a la conclusión de que era posible, aunque no por la razón que Stella suponía. Me afiancé en mi creencia cuando recordé que aquella noche, al salir de casa de los Dorayne, Clark, seguramente Morton, y un tercer personaje, me estaban esperando. Este tercer personaje era Dorayne, que había abandonado su domicilio mientras yo hablaba con su hija. La muchacha encendió todas las luces, como aviso de que yo me marchaba ya. Al detenerme Clark, Morton sacó el coche de donde lo tenían escondido y yo hice intención de volver la cabeza. Sólo entonces Bert Clark se decidió a golpearme, para evitar que reconociera a Dorayne. Pero, ya medio desmayado, descubrí un rostro borroso, que identifiqué más tarde sin la menor duda.

—¿Pero por qué motivo tenían tanto interés en llevarle a aquella casa?— interrogó el teniente Forrestier.

—El verdadero jefe, la cabeza rectora en Reno, era Dorayne. Al llegar yo

preguntando por el inspector Perkins, sospecharon que pudiera ser lo que soy. Marcory se encargó de indagar lo concerniente a mí personalidad y el motivo por el cual le buscaba. Permití que me «convenciesen» y les di mi nombre falso.

—Tal vez Dorayne, avisado de lo que pasaba, no quedó muy convencido y ordenó que te llevaran a su presencia, para observarte. No podía hacerlo de frente y buscó un subterfugio. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Exacto, Hubbard. Sé que Lucy estuvo en «El Paraíso», seguramente esperándome. Como yo opté por dar un paseo, se le ocurrió lo del asalto simulado. Es una mujer de fantasía prodigiosa. Me siguió, me vio marchar hacia los jardines de la plazuela y me esperó allí con aquellos dos tipos, adelantándose por cualquier otra file. Naturalmente, en cuanto aparecí y corrí en su auxilio, los asaltantes huyeron, sin apenas hacerme frente. Ella, cosa también muy natural, —invitó a su casa y Dorayne dio el visto bueno, después de hacerme unas pocas preguntas. Sólo entonces, hay que tener en cuenta esto, Marcory se decidió a ofrecirme trabajo en «El Paraíso». Pero sin fiarse mucho de mí. Por eso en esta arriesgada operación me dejaron casi al margen. Únicamente, quizá para probarme, permitieron que acompañase a Lucy al aeropuerto.

—Casi al margen—repitió Hubbard—. Eso creían ellos, pero, donde quiera que ahora estén, se habrán percatado del grave error en que se encontraban. Nos has dado a todos una buena lección, muchacho.

Estaban llegando a Jefatura cuando Finch preguntó:

—¿Qué hay de Annette Duxley?

—Esta misma noche podrá volver a su casa. Al principio estaba muy enfadada contigo. A pesar de que en seguida le dijimos quiénes éramos, y el motivo de su «secuestro», ella insistió en que no debiste asustarla de tal modo. Después se le ha ido pasando.

—¿Crees que me recibirá amablemente si me decido a hacerle una visita?

—Y hasta aceptará casarse contigo, si se lo pides.

—Bueno, tanto como eso, no sé. Tendré que pensarlo. Conoces mi opinión respecto al matrimonio. Claro que si no hay otro remedio, la chica merece cualquier sacrificio...

FIN

¿Una colección
extraordinaria?

EXTRA- OESTE

GUN-MEN, PISTOLEROS,
ABIGEROS, CUATREROS,
SALOON-GIRLS,
VAQUEROS y TAHURES
EN ESTAS INIGUALA-
BLES NOVELAS DE LA
GESTA DEL OESTE
AMERICANO.

EXTRA-OESTE

UNA COLECCIÓN DE
EDITORIAL ROLLAN

"LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS"

PRETO
CHURRIANA

PIDA A SU QUIOS-
QUERO EL NÚMERO DE ESTA SEMANA
DE LA COLECCIÓN EXTRA-OESTE.

EDITORIAL ROLLAN

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

Seis pesetas

EDICOLOR, S. A. — Madrid-1961